

La Esfera

ATENEUM
BIBLIOTECA
MADRID

Año II * Núm. 80

Precio: 50 cénts



OCHO



A. Ehrmann.

el
Petróleo Gal

ocupa el puesto
de honor en todo
tocador elegante



La Esfera

Año II.—Núm. 80

10 de Julio de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

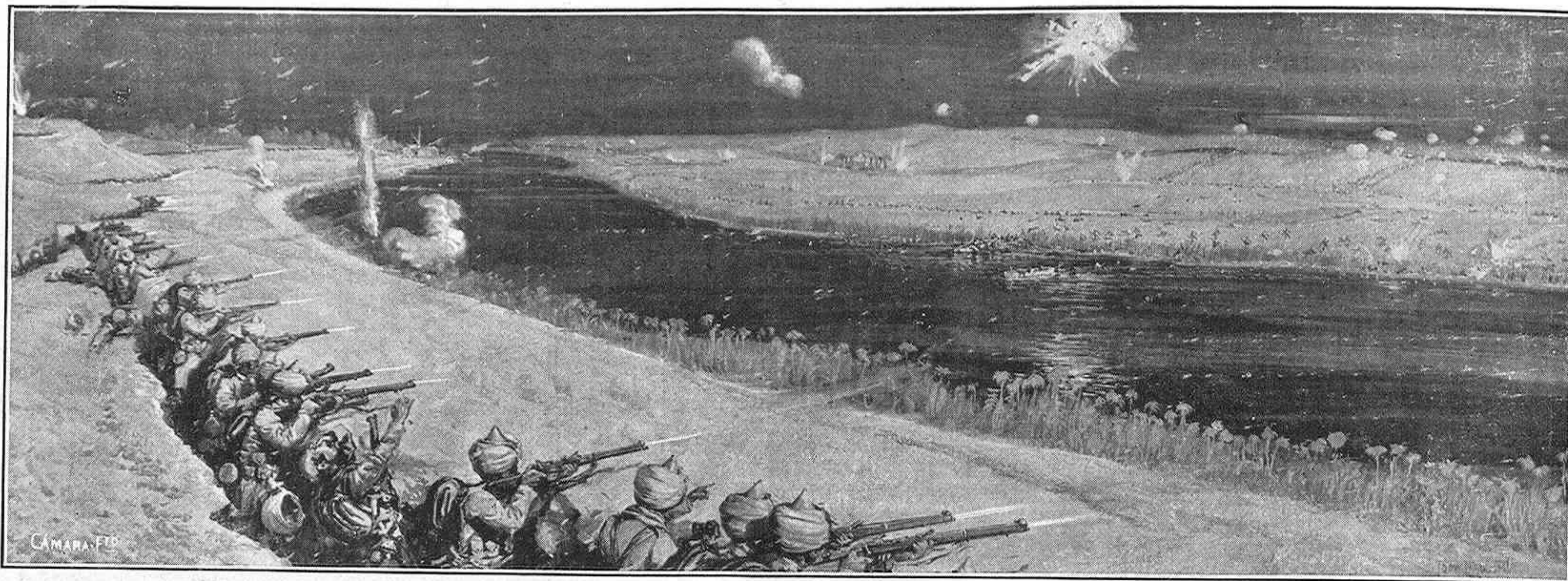


PORFIRIO DÍAZ

DIBUJO DE GAMONAL

Ex Presidente de la República mejicana y célebre hombre de Estado, que ha fallecido recientemente en París

BIENIO DE
BIBLIOTECA
MADRID



Desembarco de fuerzas turcas en los Dardanelos, bajo la protección de la Infantería y la Artillería

DE LA VIDA QUE PASA ELOGIO DE LA GUERRA

Las catástrofes, aunque de momento nos consternen, irán, á la larga, algo saludable: el dolor, que es la temperatura espiritual en que se fraguan las grandes virtudes humanas. «Hemos vivido demasiado bien—decía no ha mucho Lloyd George al pueblo inglés—; hemos materializado con exceso nuestros ideales, y eso nos ha hecho descuidar el cultivo del jardín interior, en que brotan las flores del sacrificio». Sí; es menester sufrir, ser humillado y despojado de todo por el Destino alguna vez en la vida, para ennoblecerse un poco, para purgarse de la brutalidad primitiva. Maquiavelo, que conocía á sus congéneres, aseguraba que hay en los hombres una oculta disposición á la perversidad, siempre al acecho de una ocasión para manifestarse libremente, rompiendo las tablas de la ley y burlando todas las amenazas coercitivas. Los hombres, según el pensador italiano, no hacen el bien más que cuando no está en su mano el hacer el mal; pero—añade Montesquieu comentando aquellas ácidas palabras—desde que tienen á su alcance la elección y están seguros de la impunidad, no dejan de llevar á todas partes la confusión, el desorden. La paz dilatada é inalterable, aunque amortigüe nuestros instintos de agresión, no los descuaja. En ese ambiente de quietud militar el egoísmo humano adopta formas tan despiadadas como en la guerra; los seres se combaten implacablemente por ideales harto más mezquinos que el de prepotencia de patria; situaciones sociales, dinero, vanidad. No vale interiormente el hombre más en las ciudades ó en los campos apacibles que en el horror de las batallas.

Hasta ahora se había supuesto que el incremento de las doctrinas democráticas, mancomunando á los hombres y á los pueblos, alejaría definitivamente el peligro de la guerra. Error profundo. En primer lugar, los hombres no se unen nunca por la trabazón de las ideas, sino por corrientes de sensibilidad extrañas á la razón, por pactos que establece la pasión de clase y que afianza el interés colectivo.

Todas las siembras filosóficas no han podido atajar el espíritu gregario—organización se dice ahora—del pueblo alemán. Entre Kant, que subordina la sociedad al hombre, y Hegel, que unge al Estado con todos los poderes de la divinidad, los alemanes aceptan este yugo y renuncian á todo egoísmo individual. ¿Qué ha hecho falta luego para que las masas del Kaiser se desborden? Que alguien agite en el Imperio una bandera pregonando que el mundo entero debe ser alemán. Sin la disciplina democrática que doma á los hombres convirtiéndolos en miembros de una gran totalidad, no se hubiese podido llegar á esa inmolación voluntaria, pasiva, de todo un pueblo. Algo parecido sucede en Francia, con gran extrañeza de los alemanes. Suponían éstos que iban á habérselas con un pueblo blando, corrompido, degradado por los

abusos de la sensualidad y las preocupaciones del dinero, y se han encontrado con una inmensa agrupación humana galvanizada por el más generoso de los ideales: el ideal de patria. Ese pueblo francés, tan inteligente, tan frívolo y tan entregado al placer fugaz de la sensación, muestra el mismo ardimiento heroico y la misma dignidad, por lo menos, en el sacrificio que sus adversarios.

Es una bella pugna de virtudes la que estamos presenciando. No; la guerra no es un mal irreparable. Siega existencias, demuele ciudades, destruye riquezas; pero la remoción sentimental que provoca en las almas deja al descubierto, á flor de piel, lo mejor de la naturaleza humana.

La tenacidad con que la diplomacia se esfuerza por esclarecer las causas de la guerra mediante la publicación de libros y documentos, como si nadie quisiera apechugar con la responsabilidad de haberla encendido, es superflua. No hay aquí más culpable que la dinámica moral del mundo. Los pueblos, como los ríos, cuando crecen mucho se desbordan devastando todo lo que está en sus cercanías. En sus desahogos de sinceridad dicen los alemanes: «Si no hubiéramos roto nosotros las hostilidades hoy, nuestros enemigos nos hubieran declarado la guerra mañana». ¿Por qué no reconocer la justicia del razonamiento? Y si ello había de ocurrir ¿por qué protestar? Diferir una catástrofe no es conjurarla.

Por lo demás, mirando desapasionadamente las cosas, tampoco hay motivos fundados para nuestra cólera ó nuestra alicción. La Historia nos demuestra la periodicidad ineluctable de las guerras. Quien lea la obra de Letourneau no se forjará grandes ilusiones sobre la condición pacífica de los hombres. Cada etapa de la civilización muestra las huellas sangrientas de nuestros instintos destructores. Como los animales, los hombres se han batido siempre por el alimento, por la hembra y por la comodidad. Si nos diferenciamos en algo de las bestias es en que nuestra ferocidad es más reflexiva.

La pólvora, los grandes explosivos, los gases asfixiantes y los líquidos inflamables que ahora emplean los ejércitos beligerantes, prueban que la barbarie y la ciencia, lejos de estorbarse, pueden concertar eficaces alianzas. Pero, en medio de tantos horrores, algo se ha ganado. Ya no se lucha descaradamente por intereses; á las grandes codicias colectivas se les da, por decoro, el nombre de ideales.

El resultado es, claro está, siempre el mismo: dolor, ruinas, muertes y desolaciones; pero la brutalidad se honesta cuando se invocan, para justificarla, el ideal, el derecho, los fueros de la civilización y todos los brillantes tópicos con que los pueblos procuran adecentar su ineluctable salvajismo...

¿Y qué sobrevendrá después de la guerra? Pero Grullo se aventura por la senda de la profe-

ja: la paz. Vencedores y vencidos quedarán exangües y en tal estado de prostración que ni aun fuerzas conservarán para odiarse. A los que cayeron se les dedicará un recuerdo, renovado oficialmente en determinadas fechas, y los vivos se aplicarán á restañar sus heridas para volver á la normalidad. Los Gobiernos emitirán empréstitos al seis por ciento—aviso al patriota capitalismo español—para reedificar lo destruido por la guerra.

Los cauces del trabajo se abrirán á la actividad humana; las mujeres reemplazarán á los maridos muertos, porque las razas no pueden extinguirse; los campos asolados por la furia de la metralla recobrarán su opulenta fecundidad, y en las ciudades habrá alegría y sonrisas. No será eso todo; en la psicología de los hombres entrará un factor nuevo: una cierta tristeza, que los hará menos sensuales, más austeros. Durante mucho tiempo la retina de todo superviviente de la lucha conservará la visión de los horrores sufridos, de los espectáculos atroces é inolvidables, y en ciertos momentos la emoción del pasado heroico embargará tan hondamente á esos hombres que su espíritu se inclinará bajo la pesadumbre del recuerdo; porque ha dicho un poeta que en ciertos momentos, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas. En suspenso las hostilidades, depuestas las armas, el vocabulario agresivo desaparecerá de la circulación. Las naciones dejarán de injuriarse. Una literatura nueva, animada de un ardiente idealismo de paz, aparecerá en el mundo para infundir á los hombres la ilusión de una fraternidad posible y futura.

Los enemigos de ayer, enfriadas ya las lavas del odio recíproco, se harán justicia y se respetarán. La ciencia francesa no desdeñará á la ciencia alemana, ni ésta á la del pueblo rival. Los ingleses recordarán que son primos hermanos de los alemanes, y los italianos comenzarán á entenderse con los austriacos, si no en el terreno de la cordialidad, en el mundo del pensamiento y del interés, que no ha tenido nunca cerradas las fronteras á piedra y lodo. Y poco á poco, el olvido, que desciende al corazón de los hombres como el sueño á los ojos, según ha dicho Shakespeare, hará posible, tolerable y aun agradable la convivencia internacional. ¿Qué tiempo durará esa tregua? Difícil es predecirlo. Pesimistas y optimistas se engañarían por igual en el cálculo...

No es temerario, sin embargo, el asegurar que la tregua tendrá un término, y que un día cualquiera la ferocidad humana y la ciencia volverán á darse la mano para destruir en unos meses lo que el esfuerzo de los hombres construyó en muchos años. Y así, indefinidamente, hasta el advenimiento del súperhombre que realice en la tierra el ideal de Cristo: la renunciación á todos los bienes, la mansedumbre, la santidad...

MANUEL BUENO

BELLAS ARTES
EXPOSICIÓN DE FOTOGRAFÍAS



“Viento y Sol”, original de José Ortiz Echagüe.—(Primer premio de Figura)

EN un prólogo escrito por Mauricio Maeterlinck para una colección de fotografías editadas por «CameraWork» de Alfredo Stieglitz, figuran las siguientes afirmaciones:

«Hace bastantes años que el sol nos había revelado que podía reproducir los rasgos de los seres y la formas de las cosas mucho más pronto y más exactamente que nuestros lápices ó nuestros pinceles. Pero parecía obrar solamente por su cuenta y para su propia satisfacción. El hombre debía limitarse á comprobar y á fijar el trabajo, impersonal é indiferente, de la luz. Aun no le era permitido mezclar también su pensamiento. Pero hoy día parece que al fin encontró el pensamiento humano la



“Procesión en Boulogne”, original de Telesforo Pérez Oliva.—(Segundo premio de Composición)

cisura por la cual va á penetrar en la fuerza anónima, á envolverla, á invadirla y animarla, para obligarla á decir cosas que todavía no se han dicho en el reino del clarooscuro, de la gracia, de la belleza y de la verdad.»

¡Palabras unguidas de belleza y serenas de exactitud éstas del gran poeta y filósofo belga! Realmente la conquista de la fotografía para el arte es un episodio contemporáneo. Poco á poco, en una constante renovación entusiasta de procedimientos técnicos y de orientaciones internas de la sensibilidad, la fotografía ha ido perdiendo su carácter «impersonal é indiferente», para adquirir este otro de expresión estética, de sugeridora de emociones semejantes á las artís-

ficadas ó á las literarias. Idéntico poder evocador tienen estas fotografías, bien lejanas de los simples retratos, los inanimados paisajes ó los balbuceantes caprichos de aquellos primeros aficionados que presintieron el futuro ennoblecimiento de las mecánicas operaciones.

En España la fotografía artística tiene excelentes cultivadores. En los anuarios extranjeros siempre figuran nombres de españoles y reproducciones de pruebas admirables, obtenidas con un exquisito buen gusto y un sentido muy bien orientado de lo que debe ser este moderno género de fotografías. En la memoria de todos están algunos de estos nombres, que—conservando su independencia de *amateurs* ó derivando hacia el campo profesional—han obtenido grandes triunfos y han contribuído notablemente al perfeccionamiento actual.

Pero nunca habíamos tenido ocasión de presenciar un conjunto tan numeroso y tan meritorio como el reunido por el Círculo de Bellas Artes en su reciente Concurso Nacional.

Las obras admitidas se han expuesto en los patios del ministerio de Estado, y todos los elogios nos parecen pocos para la escrupulosa selección y para el acierto con que están instaladas las distintas secciones.

Otra grata consecuencia hemos deducido de esta Exposición notabilísima: la del creciente interés que el público madrileño empieza á sentir por toda manifestación artística. La gente siente una curiosidad que antes ignoraba. El caso de la Exposición Nacional se ha repetido ahora, y se cuentan por muchos millares las personas que han visitado la Exposición de Fotografías, demostrando una complacencia que antes se reservaba solamente para los aspectos más opuestos del arte. Claro es que también ha llevado al ministerio de Estado el no muy inocente remusguillo de las fotografías estereoscópicas de desnudos femeninos. Para los apasionados noblemente del desnudo no dejaba de resultar un poco triste el cómico espectáculo de viejos y pollastres guardando fila ante el aparato donde, según ellos, se rendía más culto á la concupiscencia que á otra pura emoción. Pero algo es algo. Y en medio de la decepción de su salacidad, com-



“El Partenón”, original de José Tinoco (Primer premio de Arquitectura)

prendían que el desnudo femenino es algo sublime y augusto, capaz de sugerirnos nuevos derroteros de la sensibilidad.

ooo

Noventa y nueve han sido los expositores y muy cerca de setenta las recompensas, entre premios de tres categorías y menciones de varias clases.

Los envíos se dividieron en las ocho secciones siguientes: *Retrato, Figura, Composición, Paisaje, Arquitectura, Fotografía policroma plana, Estereoscópica policroma y Estereoscópica.*

Claro es que no todos los expositores opinarán, como nosotros, que el fallo del Jurado ha sido acertadísimo. Tantas como los olvidados ó—á su juicio—postergados, son las protestas de este fallo, hecho público antes de inaugurarse

la Exposición. Sin embargo, no podría recusarse al Jurado de parcialismos ó errores voluntarios. Y eso que su tarea no resultaba nada difícil, toda vez que el conjunto de obras ha sido admirabilísimo, y según decimos antes, infinitamente superior al presentado por otras Exposiciones anteriores.

Una gran diversidad de procedimientos mecánicos—gomas, carbones, tintas, grasas, celoidinas, bromuros, platinos, placas autóchromas y estereoscópicas—, puestas al servicio de inspiraciones ricas en asuntos y sabias en elección de luces y actitudes, caracterizaba este Concurso.

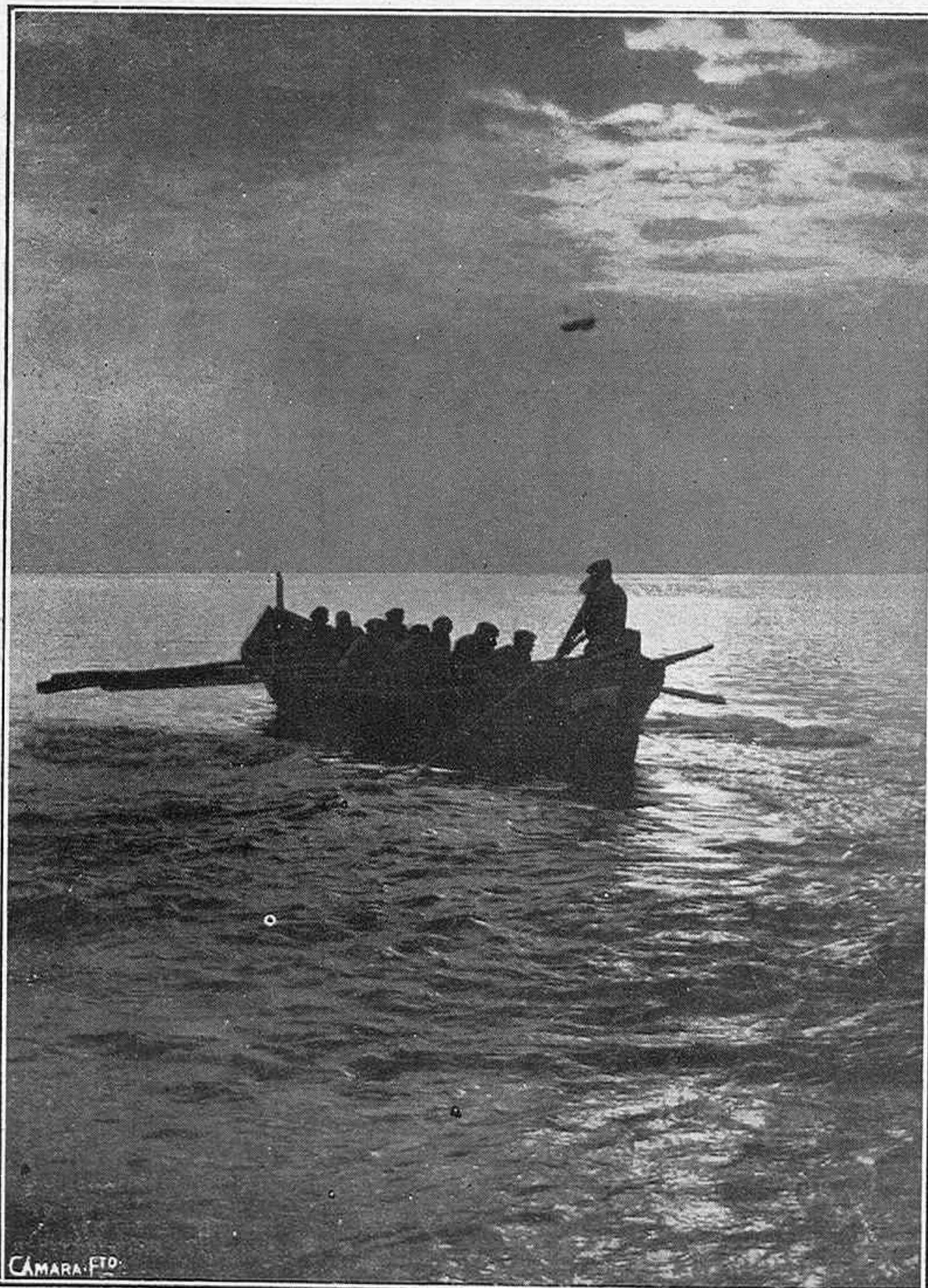
Muchos expositores llegan á la más alta perfección técnica y son bastantes los que nos emocionan con el mismo subido placer estético de un cuadro.

Los primeros y segundos premios han sido otorgados, respectivamente, á los siguientes señores: *Retrato*, D. José María Armengol y Bas y D. Francisco Gimeno; *Figura*, D. José Ortiz Echagüe y D. Carlos Iñigo; *Composición*, don Enrique Zárate y D. Telesforo Pérez Oliva; *Paisaje*, D. Miguel Renóm y D. Manuel López Miranda; *Arquitectura*, D. José Tinoco y D. Narciso Clavería; *Policroma plana*, conde de Vilana y D. Angel Redondo de Zúñiga; *Estereoscópica policroma*, D. Eduardo Lozano y D. Diego Quiroga; *Estereoscópicas*, D. Enrique Mallat y don José Puntas.

Indudablemente los envíos más admirables de toda la Exposición, los que de modo más afirmativo y rotundo revelan la maestría técnica y el espíritu de artista de sus autores, son los de los Sres. Ortiz Echagüe y Renóm.

Ortiz Echagüe es pintor, y harto bellamente lo demuestra en la elección de asuntos y luces y en la habilidad con que están compuestas las fotografías. Casi todas ellas se refieren á tipos marroquíes ó á siluetas gentiles de muchacha. Es un arte optimista, luminoso, intrascendental en su alegría, el del Sr. Ortiz Echagüe. Sigúele en mérito, dentro de la sección de *Figura*, los del Sr. Iñigo, notabilísimos, y los de Porras, Peinado y Rato.

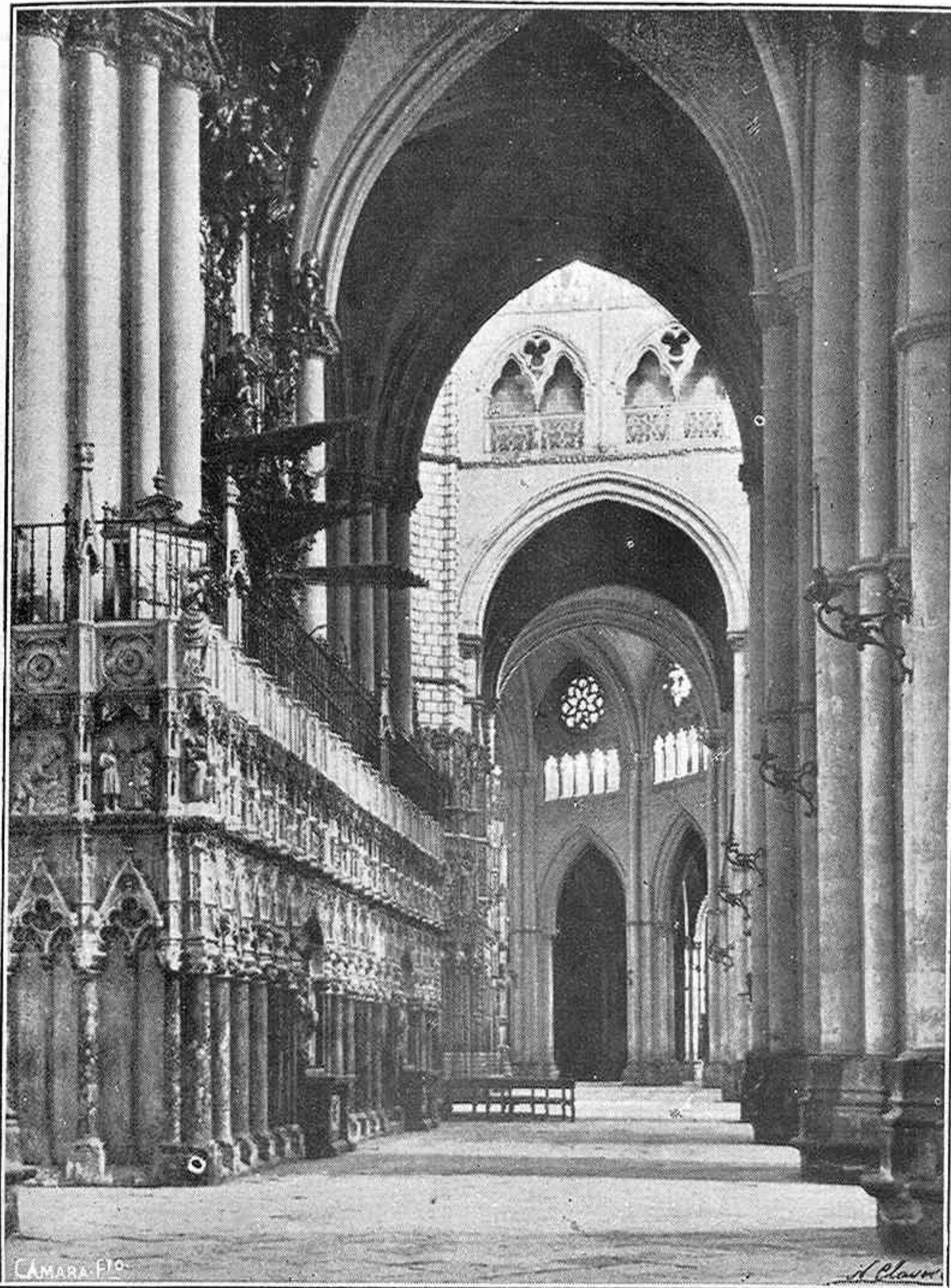
Don Miguel Renóm, de Barcelona, presenta un conjunto de paisajes y marinas sencillamente



“La vida por la vida”, original de Miguel Renóm.—(Primer premio de Paisaje)



“Una calle de Rentería”, original de M. López Miranda.—(Segundo premio de Paisaje)



“Nave lateral de la Catedral de Toledo”, original de Narciso Claveria (Segundo premio de Arquitectura)



“Capilla del Condestable en la Catedral de Burgos”, original de Alfonso Vadillo (Tercera mención de Arquitectura)

prodigioso. Estos carbones del Sr. Renóm son como ejecutoria de un nobilísimo temperamento artístico. No hay una sola prueba mediocre, no hay una sola vacilación de procedimiento ó de sentimiento.

Y todas la notas impregnadas de una sutil melancolía, de un aristocrático pesimismo, de una potencialidad evocadora enorme. Páginas de altísimo poeta son estas pruebas fotográficas del señor Renóm, que tal vez—y sin tal vez—son lo más fundamental de este Certamen por tantos estilos magnífico.

También son muy notables, en la sección de *Paisaje*, los envíos del Sr. López Miranda, que reflejan cuadros y ciudades vascas; el bello efecto de luz, del Sr. Cepero, titulado *A orillas del Ebro*, y *Aurora*, del Sr. Vinck.

En *Retrato* hay, aparte del primer premio, Sr. Armengol, y de los expuestos por el Sr. Gimeno, de Valencia (al que sólo reprochamos el empleo de un mismo modelo para tipos absolutamente opuestos), pruebas muy interesantes del Sr. Merino, de San Sebastián; Srta. Cipre, de Pollensa, y Sr. Garay, de Valladolid.

En *Composición* se destaca el segundo premio sobre el primero. Hay efecto, más riqueza imaginativa, mejor sentido de las proporciones y más variedad de asuntos en la instalación del señor Pérez Oliva que en la del señor Zárate. Las dos procesiones de Boulogne y Lourdes, en bello contraste de algunos desnudos interesantísimos, hicieron del envío del Sr. Pérez Oliva una acabada muestra de arte.



“Cabeza de niña”, original de José María Armengol.—(Primer premio de Retrato)

Lo mismo pudiera decirse de Julio G. de la Puente, cuyos paisajes y escenas de la montaña santanderina testimonian un verdadero dominio del género.

En *Arquitectura* hay tres grupos de obras maravillosos: los de los Sres. Tinoco, Claveria y Vadillo.

Mientras los dos últimos se han consagrado á reproducir detalles inapreciables de las catedrales de Toledo y Burgos, respectivamente, el Sr. Tinoco interpreta las viejas construcciones helénicas con escrupuloso amor nostálgico.

En fotografías policromas, lo mismo planas que estereoscópicas, deben citarse, además de los recompensados en primero y segundo lugar, á los señores I. L. Castillejo, Olivé, Salvani, Cánovas del Castillo, Bonilla, Nebot, Blesa y Rivera.

Por último, los miembros del Jurado señores González, Castedo y Castellanos, han expuesto fuera de concurso, distinguiéndose sobre sus compañeros el Sr. Castedo.

Tal ha sido la Exposición de Fotografías organizada por el Círculo de Bellas Artes, y que ha servido para demostrar la enorme importancia que tiene ahora en España esta manifestación artística.

Y ojalá el Círculo no desmaye en su plausible tarea de organizar exposiciones de este y otros ramos artísticos, que sirvan para estimular y alentar á las juventudes cuyas energías están entregadas al Arte.

SILVIO LAGO



DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL
 JOSE PINAZO MARTÍNEZ

A un antes de inaugurarse la Exposición de Bellas Artes, ya había señalado la crítica como una primera medalla indiscutible el cuadro *Floreale*, de Pinazo Martínez. Tanto por su valor intrínseco, por la afirmativa belleza tan armónica de exuberancias decorativas que posee este lienzo, como por la historia gloriosa de su autor.

José Pinazo Martínez es de Valencia, y bajo la dirección de su padre, el ilustre pintor D. Ignacio, á quien se le otorgara en 1912 la medalla de honor, aprendió los rudimentos de su arte. Fué un precoz, pero en el sentido de una precocidad consciente y pródiga en reservas valiosas para lo futuro. El año 1895, apenas pisados los umbrales de la mocedad, obtuvo una mención honorífica en la Nacional. En 1897 y 1899, dos terceras medallas. Después vino la segunda medalla en París, el año 1901.

Sin embargo, aún Pinazo Martínez era un pintor inseguro de sí mismo; sufría demasiado latentes ajenas influencias, que no había de abandonar hasta hace ocho ó diez años, donde comienza lo que pudiéramos llamar su segunda época.

En la Nacional de 1906, ya el *Nocturno* y *Five o'clock tea* inician esa aspiración colorista y decorativa, que había de cristalizar por primera vez en el cuadro *A plena vida*, de la Nacional de 1910. Entre ambos cuadros está *La muerte de Petronio*, del año 1908, un lienzo que el mismo Pinazo habrá olvidado, y revelador, sin embargo, de laudables indagaciones en busca de la personalidad propia. En 1912 consiguió segunda medalla. Exponía tres cuadros: *Los enredos del dia-*

blo, tríptico de costumbres valencianas; *Magdalena* y *Fruta escogida*. Este último, que representaba una niña con un cestillo de frutas, era de las obras maestras de aquella Exposición y de toda la pintura contemporánea. Recorrió triunfalmente varias Exposiciones internacionales y la han reproducido las principales revistas de arte del mundo que supieron reconocer el mérito indiscutible de este artista admirable que, joven aún, ha logrado obtener el triunfo y la gloria.

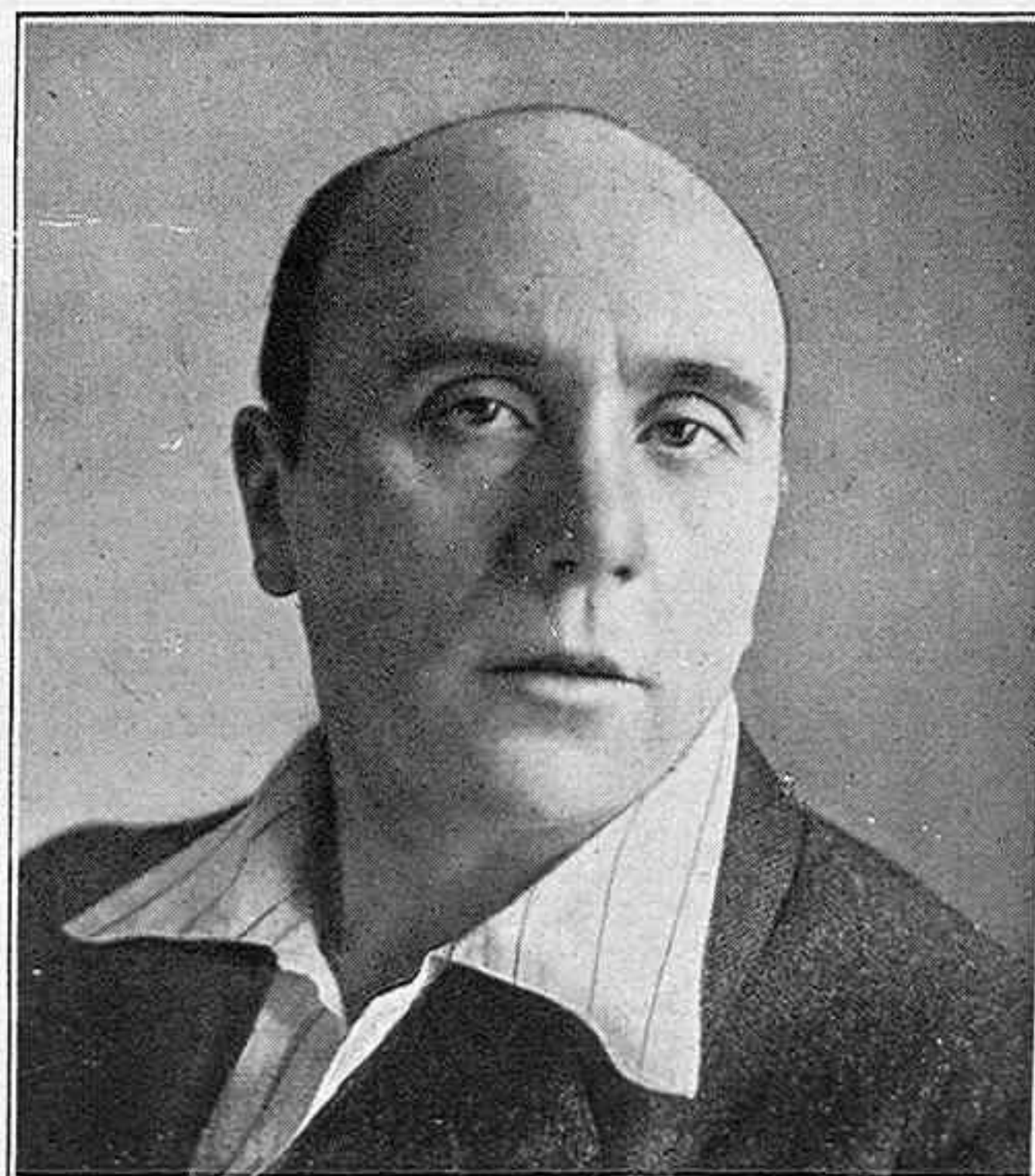
Pinazo Martínez aún no ha cumplido cuarenta años. En plena madurez de sus energías y de su talento ha concebido y realizado *Floreale*, que es, como hemos dicho en estas mismas páginas, una obra exuberante de ritmos y cromatismos decorativos.

Hay un ponderado equilibrio de las facultades, que realzan y valoran la riqueza del color y de la luz.

Se adivina en *Floreale* gran complacencia en tratar las telas brillantes, las flores pomposas, los frutos maduros y relucientes. De acuerdo con la afirmación ruskiniana de que la obra de arte debe ser ante todo una exaltación de la belleza, *Floreale* fué concebido y ejecutado en el sentido afirmativo de una gran elegancia y de un aire magnífico de canción.

Es también algo más. La interpretación simbólica de Valencia, del alma de Valencia, mejor con todas sus arrogancias estéticas, todas sus gracias rítmicas, toda su sensualidad refinada y noble.

En lo que pudiéramos llamar «tercera época» de Pinazo Martínez, este cuadro *Floreale* forma el prelude de una gran obra futura.



JOSE PINAZO MARTÍNEZ



LOS NIÑOS DE PORCELANA Y ROSAS

EL viejo Támesis, dos bebés, unas sombrillas japonesas...

En la mitad de la barca que no aparece en la fotografía, hallábase el remero, un antiguo alumno de Oxford y antiguo amigo nuestro, el cual se había quitado la americana y dejaba que el aire hiciese aletear la corbata sobre la camisola, de una clara y alegre tonalidad. Tiene el deportista los ojos azules, la dentadura casi femenil, y dentro del tórax apolíneo, un corazón sentimental. Aquella tarde, el camarada de ya lejanos pero imborrables días, llevó a pasear por el río a las hermanitas de su prometida, y cuando se acabó el tabaco en la pipa del muchachote, éste dejó de contemplar a los bebés a través del humo, y quiso eternizar el momento, y disparó la máquina con ese ruido que semeja un chisazo del sonido...

Las cartas de mi amigo hablan con la más sosegada placidez de asuntos familiares. Diríase que los ingleses ignoran las terribles aventuras del Imperio. El pabellón británico oculta legiones y legiones de esclavos coloniales que sufren para la mayor grandeza de la metrópoli. Un *gentleman* no se refiere nunca a los dramas remotos de su país. Es como si el hijo de un banquero se dedicase a practicar la caridad, en tanto el banquero arruina a las multitudes. Mi amigo sigue la costumbre tradicional. El epistolario de un muchacho londinense podría compararse en candor al de una doncella española. Ahí tenéis cómo el remero de aquella tarde me remitió la fotografía de los bebés, en un arranque confidencial.

Ha pasado algún tiempo desde entonces. ¿Un año? Más, muchos más, porque ha pasado la guerra. Una época que muere, una nueva edad que comienza.

La cartulina insulsa de la barca infantil ha adquirido un carácter dramático, lleno de interés.

En primer lugar, el fotógrafo casual se alis-

tó en el ejército y combate en Francia; esa fotografía, de un instante a otro, puede convertirse en la reliquia de un héroe. Después hay...

Si saliese vencida Inglaterra ¿qué cántico enorme y doloroso entonarían las aguas del Támesis?

Y los niños ingleses ¿quién los arrullaría con ese ritmo de grandeza secular que aprenden los bebés antes que las más elementales palabras? Un niño inglés es el juguete de carne de rosas.

Ninguna tierra del mundo produce flores, ni bichitos, ni otros niños tan bellos. Descendencia de burgueses, sí, pero esperanza del Imperio.

En cualquier edad que se sorprenda a un súbdito de Inglaterra, podría considerársele llegado a su plenitud. Un niño es el niño, una colegiala, la colegiala. Y esos abuelos británicos, tan pulcros, de sonrosado color, con sus luegos y sedosos cabellos de nieve. El niño y la colegiala constituyen modelos de su especie. En cuanto a los abuelos, su secreto, el de su diñidad, está en que los viejos en Inglaterra no son seres desahuciados al agotarse, sino honorables varones que ya cumplieron y aprovecharon su misión.

En España, por ejemplo, hay que proteger a los ancianos, inútiles del todo. Los abuelos ingleses, con su reputación y sus ahorros, protegen.

Si los alemanes derrotasen a Inglaterra, perderían las gentes británicas ese misterioso halo con que se envuelven sus siluetas, en compensación de las nieblas que aureolan las islas. Ese halo, el prestigio heredado a lo largo de innumerables victorias. Los semidioses descenderían a codearse con la humanidad. ¿Sentís la inquietud del porvenir? Las balas describen su órbita fatídica en el aire, los *taubes* navegan como nubes que escondieran el rayo, abísmanse los barcos poderosos; sin embargo, la facies impertur-

bable de los directores de los pueblos nada revela, y nosotros permanecemos adormecidos en la confianza. ¡Quedan tantos secretos hermanos del famosísimo secreto de lord Kitchener!

Un día, hojeando papeles viejos, descubrimos una fotografía que obtuvo un antiguo alumno de Oxford, la tarde que llevó a paseo a las hermanillas de su prometida—Mary, con sus bucles y su pamelita Reynolds—. Allí el monstruo fluvial, con su esmaltada superficie que se deja acariciar por los reflejos verdinosos, que murmura un constante himno triunfal en las cien lenguas de los dominios coloniales, que ahogó en su fondo las terribles historias sangrientas. Allí el bote de recreo, las almohadas de velludo, el barandal de rejilla; el bote, como una concha gigantesca.

Allí, en fin, los dos bebés, firmes y fuertes en su fragilidad, como los cachorros, y que han hurtado y los emplean como sombrillas, dos lotes al Japón...

De repente, ahora que no examináis planos ni leéis informes de la guerra, revélase la tremenda catástrofe posible... ¡Si venciese Alemania!

Estas niñas y miles y miles de niñas como éstas, crecerían en el dolor, como las demás niñas del mundo. Dentro de unos pocos años la amargura de la derrota emponzoñaría a los semidioses.

La ciudad, las ciudades de las nieblas se tornarían doblemente sombrías al desvanecerse el halo aquel del prestigio casi divino...

Al zozobrar las apacibles, idílicas barquichuelas del Támesis, huirían de la tierra, quizás para siempre, los altos ejemplos de la infancia de lujo, de esos niños que sonríen en la espalda del horrendo monstruo fluvial, de esos niños que parecen haber nacido sin ningún materno dolor.

F. GARCISANZ



Cuentos Españoles

El marido de su viuda

CUALQUIERA diría que en vez de irte á Alemania te despedes para el otro mundo—dijo Susana interrumpiendo el engolado discurso de su esposo.

—Pues dijera mal. Oyeme, pimpollo mío. Desde el punto y hora de nuestra coyunda, fué mi preocupación y mi tormento aliviar el desamparo en que había de sumirte, cuando mi alma sufriese el despojo ó la liberación de su carnal envoltura. Por fin puedo dormir tranquilo. Dos años justos y cabales, hurtando tiempo al descanso y al recreo, he trabajado para legarte una pequeña fortuna, que solamente después de enterrado yo podrás cobrar tú. Lupo, el notario, te trasladará fielmente mis instrucciones para que saques de mi labor todo el posible provecho material, que, á mi juicio, no será escaso. Zorro, el editor, te ayudará, por la cuenta que le tiene...

Hubo de hacer alto, porque la cara de su mujer se deshacía en lágrimas:

—¡Vaya, no te aflijas! No hay razón para inquietudes ni temores. Mi deber profesional exige el viaje. El periódico me ha preferido sobre todos mis compañeros, para que mi talento y mi cultura informen é ilustren á sus lectores: así me lo dijo el director...

Mentía...

Si Susana hubiese podido leer los pensamientos de su marido, habría sido mayor su sobresalto. Porque el viaje obedecía á la más descabellada idea que pudiese engendrarse en el cerebro más desbaratado.

Desde muy joven habíase creído Roque injustamente postergado y preterido en todos los órdenes donde se figuró sobresalir por los talentos, las capacidades y las aptitudes que su fatuidad le atribuyera no menos arbitrariamente. Se tuvo por víctima del más inmerecido menosprecio; y á la Humanidad, por una manada de idiotas que, diariamente, admiraba y colocaba sobre sí á personas de mucha menos valía que él.

Achacábalo, y acaso acertase, á la máscara de bondad y de rectitud con que desde su infancia ocultó sus flaquezas, entre las cuales se contaban una ambición y una vanidad incomparables por únicas. Acabó por convencerse de que su seriedad y su bondad fingidas eran sus peores enemigos, los obstáculos más grandes para el logro de sus ilusiones. Cuando publicaba algún libro, sus confrades no se tomaban la molestia de leerlo, ni menos la de consagrarle una

cuartilla pregonando sus excelencias si las hubiere ó inventándolas si faltaban, y si alguna vez se la tomaron, en fuerza de recibir del autor visitas y mensajes muy melosos, fué para acusar recibo de la obra y prometer á los lectores, sin intención de cumplimento, un juicio más amplio y minucioso de ella... otro día... ¡El del juicio final!...

En tal ocasión, ahogándose de rabia y despecho, pensaba el «buen» Roque:

—¡Claro! Todos dicen: Roque es un infeliz, incapaz de guardar rencor ni memoria de un desdén. Como es tan bueno, en cuanto le mande un libro mío me *bombeará* en seguida... Es un buen compañero, con quien se puede contar siempre...

Y lo peor, para él, era que así ocurría. El hábito de hacer el bien, aunque su condición le empujara al mal, habíale creado una segunda naturaleza tan poderosa que dominaba á la primitiva y contrariaba tiránicamente sus impulsos, sus intenciones y sus propósitos. Así, al recibir el nuevo libro de un compañero que, en análoga ocasión, le desatendiera y le desairara, apresurábase á elogiarlos largamente en un artículo, después de haberse zampado todas las páginas desde la porta hasta el colofón: unas veces, por conservar la equivocada opinión de bueno y de serio en que se le tenía; otras, por miedo á mostrarse despechado ó rencoroso, pues antes se prefiriera despectivo; no pocas, la propia mano que arrojó al cesto un volumen, decidida á no mentar siquiera su aparición, bajóse de seguida á recogerlo, volvió á colocárselo ante los ojos y se desató en alabanzas de quien quiso agraviar con su silencio; y en sobradas ocasiones, la pluma que arrancó á escribir movida por el odio para quebrantar á alguno, acabó, en virtud de la rutina, corriendo locamente y zalamera sobre el papel para beneficiarle. Eso sí, concluía de pésimo talante, y al acostarse, aquella bondad le costaba un doble ataque de nervios y de bilis.

Años y años llevaba vividos así. En política fué el correligionario leal, dispuesto á todo sacrificio por la causa; requerido siempre al toque de botasillas y olvidado en el de rancho. En la Prensa llegó á ser redactor-jefe de un gran periódico... y director interino cuando el propietario se ausentaba por deber ó por gusto.

—Soy el mayordomo que guarda la casa mientras el dueño veranea—pensaba entonces con toda amargura.

Tantas veces como vacó el puesto de director

esperó vanamente que le llamasen á ocuparlo. Siempre se le adjudicó á un extraño ó á un compañero menos antiguo y desde luego, á creerle, menos apto.

Escribió para el teatro, y no se dirá que ningún empresario le rechazase una obra..., ni que se dignase representarla, pensando que Roque era muy bueno y que habían de atender antes á otros escritores y á otros periodistas más temibles.

Al percatarse plenamente de los perjuicios de su hipocresía padeció una tentación suprema: se decidió á mostrarse tal y como fuera cuando se apeó del seno maternal: ruin, todo bilis: un hígado con dos patas... Quiso ser malo... Mas también para eso hay que aprovechar las horas. Habíalas él desperdiciado en parecer bueno y era tarde para desceñirse la careta. Corría el peligro de que su verdadera y natural condición se tomase por enfermedad mental. Y temiendo que la facha de loco quebrantase el prestigio de hombre bueno, á que se había aficionado, cayó su alma en honda amargura y llenóse toda de odio á la Humanidad, hasta el punto de hacerle pasar las noches desvelado discurriendo una venganza terrible y digna de su amargura. Hallóla, por fin; pero su enamoramiento falló en seguida que fuese provechosa á su mujer, la única persona que, según él, le había hecho justicia, por haberle creído un genio.

Habíase casado años atrás, con el ciego y arrebatado enamoramiento del solterón que en cuarenta años de vida no ha advertido que haya en el mundo mujer digna de ser amada. La que se lo pareció era una de treinta años, tan falta de dote como sobrada de presunción, muy pagada de su raza belleza, aficionada al lujo y ambiciosa de fortuna. Cansada de rechazar pretendientes muy meritorios, en espera de uno muy rico, y convencida de que seguir esperándolo equivalía á arriesgar el único que desde hacía mucho tiempo se le había ofrecido, aceptó á Roque, casó con él y le fingió tan bien el cariño y la admiración que el viejo periodista acabó por chillarse del todo.

Para vengarse de modo provechoso para ella, en su chifladura, pensó muchos disparates y, por fin, se decidió por uno tan donoso como pleno. Decidió escribir una obra, cuya índole puede suponerse por su título: *Memorias de un periodista que no ha podido escribir con sinceridad hasta después de muerto*; imprimirla, dejar dispuesto que se publicase ocho días después de su

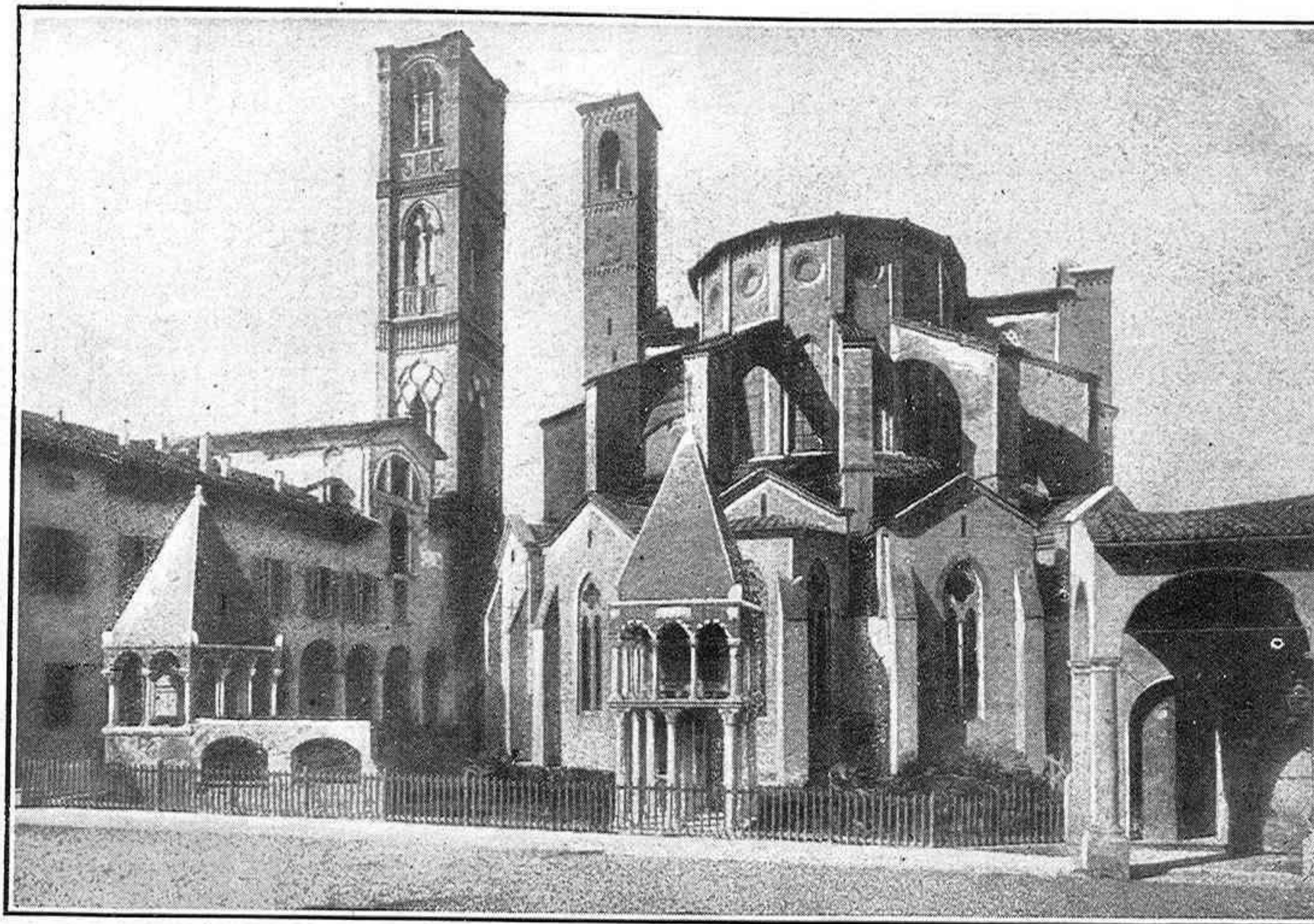
Vinieron después *Levia Gravia*, el canto á Satanás ó á la razón, los *Giansbi ed Epodi* (1867-1879), el *Intermezzo*; los versos carduccianos, que sabía la juventud estudianlil de memoria, eran un barómetro de las altas y depresiones del espíritu público; allí los cantos á los amigos del Valle Tiberino; allí el homenaje fúnebre á Eduardo Corazzini, muerto á las puertas de Roma en 1867; allí *Las bodas del mar—Le nozze del mare—*; allí el canto al LXXVIII aniversario de la proclamación de la República francesa:

*Ma il ferro e il bronzo è de
[tirannicis] mano,
E Kant aguzza con la sua
[Ragion]
Pura il fredd' ago del fucil
[prussiano,
Kärner strascica il bavaro
[canon;*

allí el *Canto dell'Italia che va in Campidoglio*; allí, finalmente, los versos sobre el escandaloso proceso radda...

Italia tenía su poeta, su poeta civil. Italia tenía una lengua enérgica, elocuente, llena de fuego y de virilidad, que traducía sus angustias, sus alegrías, sus entusiasmos y sus desesperanzas. Aparecieron las *Rimas nuevas* hace veintiocho años, en 1887.

El soneto *Al Soneto*, treinta y cinco sonetos, el Brindis de Abril, la Primavera clásica, glosas á Enrique Heine, San Martín, el idilio de Mayo, los dos Titanes—Prometeo y Atlante—, los campos de Marengo, los sonetos del *Ca ira*, baladas sobre motivos de Herder, de Platen, de Goethe; el estupendo romance—tomado del castellano— *El paso de Roncesvalles*:



Iglesia de San Francisco, de Bolonia, con las tumbas de los glosadores al aire libre

*Malediva, andando, il vino,
Malediva, andando, il pan,
Quel che mangia il saracino
È non quello del cristian...*

Las *Odas bárbaras*, en fin; el violentísimo *Congedo*; el desdén del poeta contra los retóricos huecos:

Odio l'usata poesia...

las Fuentes del Clitumno, Roma. En una iglesia gótica, evocaciones boloñesas—las dos torres que contempla el lector ilustrando estas páginas, tan gratas á Carducci—, otra vez Garibaldi... Miramar, amigo mío, para no cansarte;

Miramar vibrando de odio contra Austria, la roja costa de Nabresina; Miramar con Trieste allá en lontananza coronada de nubes, frente á Venecia; Maximiliano en la fatal Novara, yendo á buscar su muerte á Méjico; el irredentismo, todo lo que ha venido después. Y en seguida el canto á la mujer de Humberto, á la dulce Reina Doña Margarita, que provocó una zalgarda tremenda en las huestes republicanas y que fundió el alma de los Saboyas con la de la democracia más abierta:

*Salve, o tu buona, sin che
[i fantasimi]
di Raffaello ne' puri ves-
[peri]
travolin d'Italia e tra
[lauri]
la canzon del Petrarca
[sospiri!]*

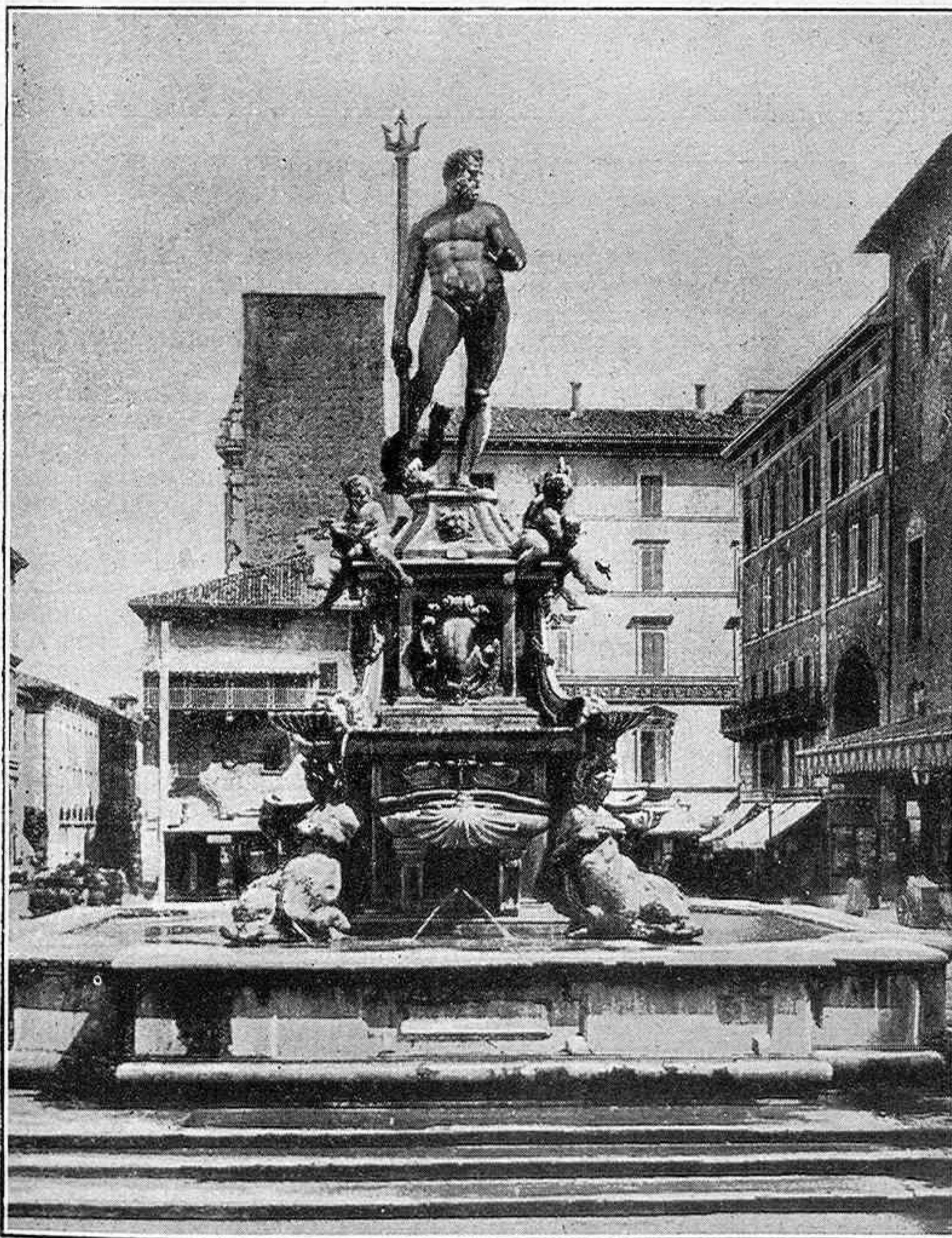
En la literatura italiana contemporánea estaba prevista la intervención actual. El papel de D'Annunzio ha sido meramente secundario; verdad es

que el poeta tenía que liquidar viejos agravios con Austria, que había tratado de molestarle cuando publicó *La Nave*...

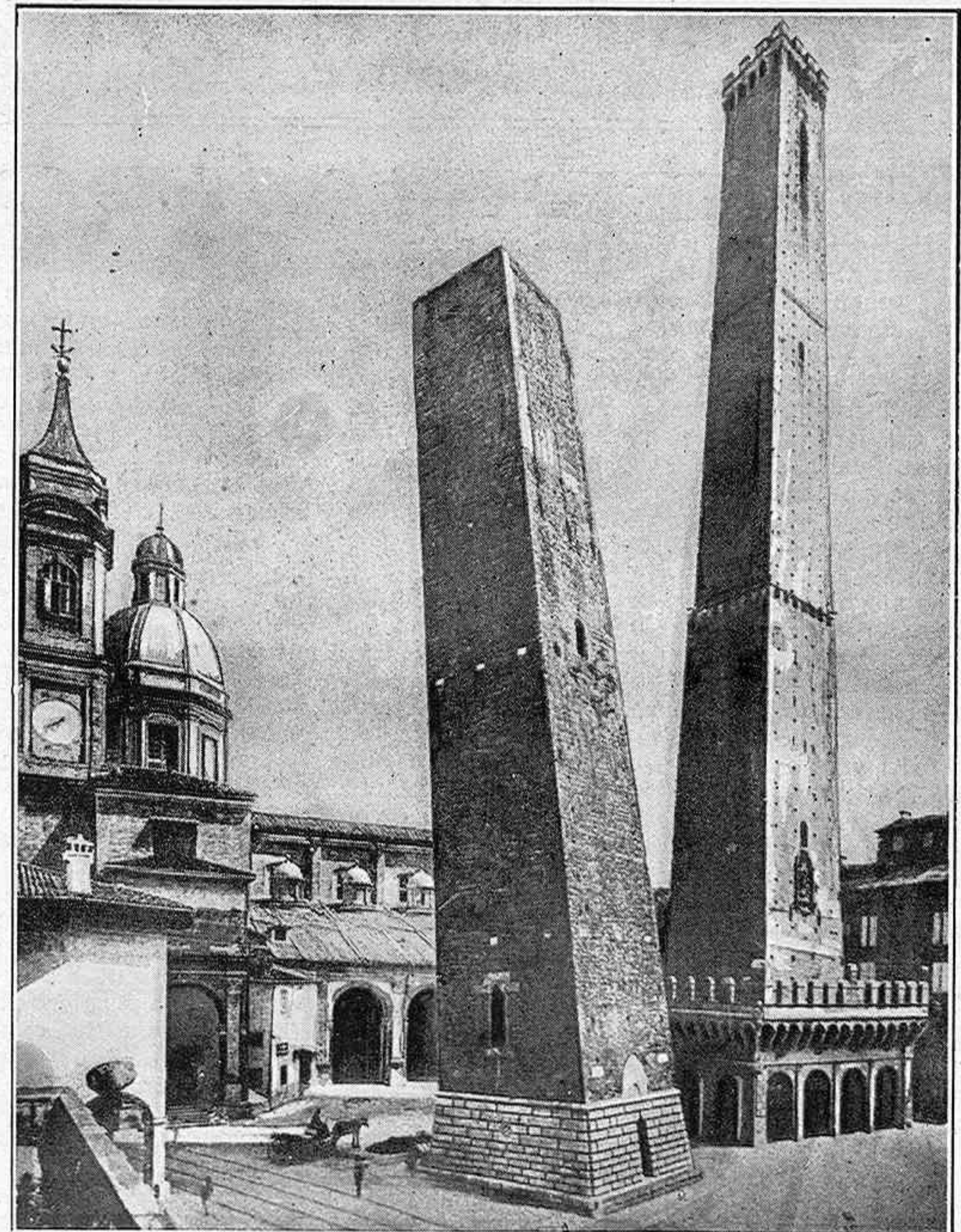
Mas de otros polvos vienen estos lodos. Si los italianos entran en Trieste, yo os aseguro que todos los soldados entrarán cantando en aquella ciudad irredenta las cálidas estrofas de *Miramar*:

*Quant'è che aspetto! La ferocia bianca
strussemi il regno ed i miei templi infranse:
vieni, devota vittima, o nepote
di Carlo Quinto!...*

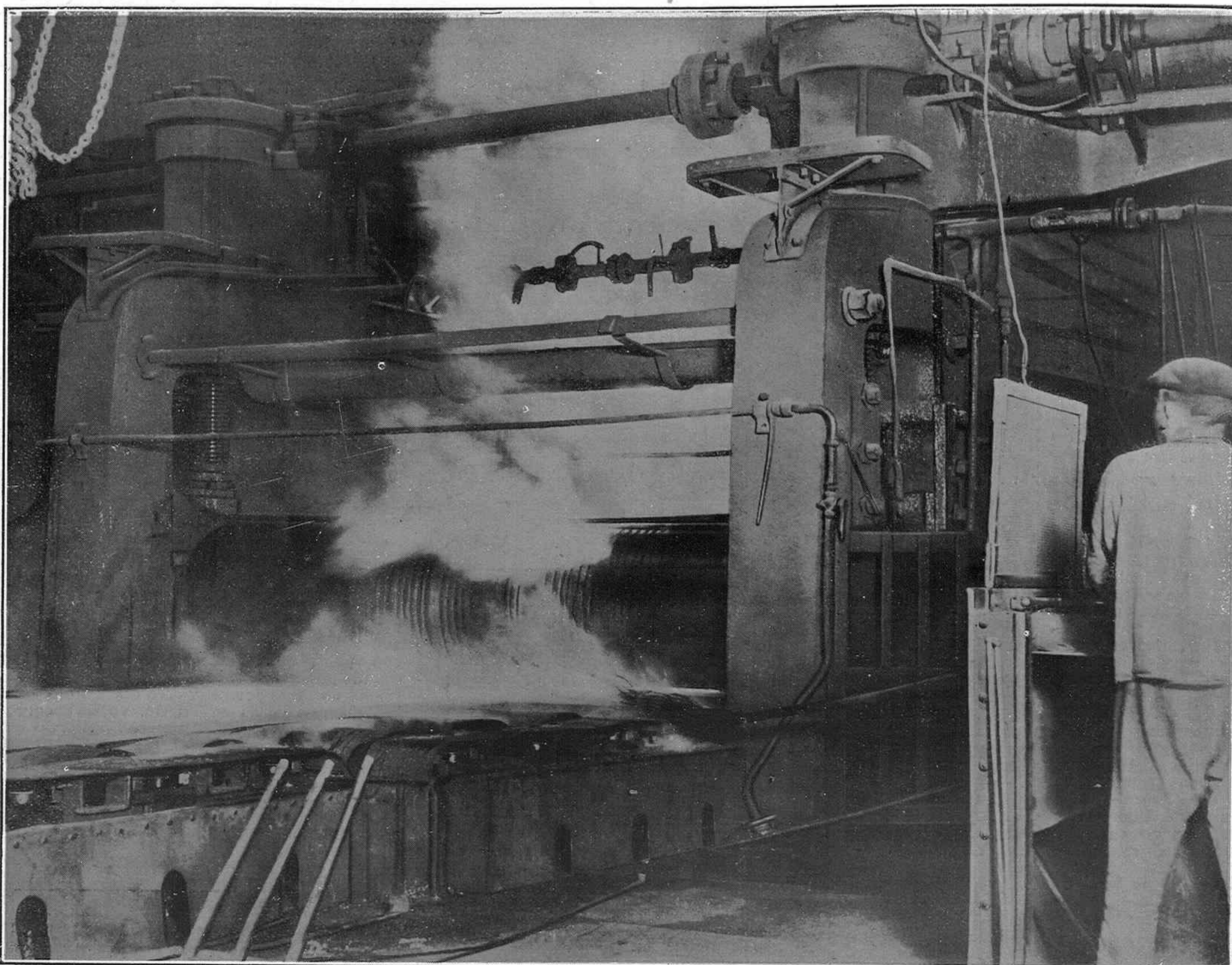
José SÁNCHEZ ROJAS



Fuente de Neptuno, de Juan Bologna, donde se veía frecuentemente á Carducci



Torres Asinela y Garisenda, cantadas por el Dante y por Carducci



FABRICANDO MUNICIONES

CAMINAMOS en esta guerra de sorpresa en sorpresa. Se nos dijo primero que iba a decidir el factor oro. Quien tenga el último millón tendrá la victoria, declaró uno de los gobernantes ingleses. Y se calculó que movilizándolo los millones de hombres que se han movilizado, los Gobiernos, aun apelando a los bancos de emisión y a los empréstitos, no tendrían oro suficiente más que para unos cuantos meses. Y ha pasado casi un año ya, y la guerra no termina y los Gobiernos parecen haber hallado tesoros inagotables.

Se nos dijo luego que no era el oro quien decidiría el término de la guerra, sino el trigo. Se contó hasta el último grano de cereal, del que podrían disponer unas y otras naciones; se calculó materialmente la hora, el minuto en que el hambre fiera haría su aparición en los países en guerra y aun en los neutrales, contando con que los inmensos graneros rusos pudieran ver abierta ó no esa trágica puerta del Bósforo, ó ver deshelado el puerto, casi inútil, de Arcángel. Y todos los calculistas y agoreros se equivocaron. Pasó la hora, pasó el minuto, avanzan los meses y ya en los campos se dora la próxima cosecha, sin que en ninguna de las naciones amenazadas haya hecho estragos el hambre y haya agarrado sus ciudadanos y les haya obligado a pedir la paz.

No decidirá la guerra el trigo—se ha dicho entonces—, sino el factor hombre. Mirad los inmensos frentes de combate, extendiéndose de mar a mar, de un cabo á otro del continente.

Estos ejércitos, como los de Jerjes, no pueden contarse; retremblará la tierra bajo sus plantas y sus flechas serán tantas que encubrirán el sol, como una cortina de acero. Luego, ved en el fragor del combate, que no acaba, cómo caen los

muecos y los heridos, cómo quedan enterrados centenares, millares de combatientes, y cómo en el mar se hunden los buques, y cómo los prisioneros son conducidos en manadas. ¡Se acabarán los hombres; se agotarán tres, cuatro generaciones; los ancianos no podrán sostener los fusiles con sus manos temblorosas!

Un hombre de roca, que ha sido uno de los ejes sobre que ha girado la preparación de esta guerra, tuvo una frase cruel: «Todo acabará—dijo—cuando se dé una sangría á tal ejército». ¡Una sangría! Y la sangre corre, corre y corre, sin tasa y sin duelo, sin que la Humanidad se espante, sin que los pueblos neutrales se estremsen, y la guerra no acaba. No se concibe cómo se reponen las bajas en las filas de combate. Parece que los muertos resucitan ó que esta es una guerra de sombras.

¡Ah! No decidirá la guerra el oro, ni el trigo, ni el hombre. De todo ello había reservas inagotables; pero el vencedor será el mar; quien tenga el mar, quien disponga de sus rutas, quien lo domine y lo utilice pondrá término á la guerra y sojuzgará al vencido é impondrá su capricho y trazará las fronteras de un nuevo mundo. Y también en esto fracasaron los profetizadores. Dominar el mar no ha servido de nada. Contra los acorazados surgieron los submarinos. Contra la fuerza, la astucia; contra el poder, la bravura.

Al fin, en este vencimiento de todo cálculo, de toda hipótesis, parece haberse dado con la verdadera causa de que la guerra no se acabe, de que hayan fracasado todos los cercos, todos los aislamientos.

No acaba la guerra—dijeron los ministros ingleses—porque los ejércitos aliados no tenemos bastantes municiones. La guerra la ganará la industria metalúrgica. Alemania no debería tener á

estas horas níquel, ni cobre, ni acero; se dijo que las mujeres y los chiquillos, inflamados de ardor patriótico, habían hecho una requisita de cobre viejo en todo el Imperio; las cacerolas bruñidas de las cocinas, los aparatos de luz, las manivelas de las puertas, los adornos de los muebles, todo el cobre que había en los hogares fué recogido y lanzado al horno donde se fundían los casquillos de los proyectiles. Fué esto un rayo de esperanza; los ejércitos seguían dilapidando municiones, y era lógico que aquellas reservas de cobre viejo se agotarían pronto. Pero la guerra sigue como el primer día, como el primer mes, como si los puertos estuviesen todos abiertos y la navegación franca y la pirita y la mena pudiesen arribar libremente á todas partes.

¿Qué es esto? Es—contestan los augures—que Alemania entera es una inmensa fábrica de municiones. Ved esas fundiciones de Dusseldorf, que antes forjaban y templaban el acero, el cobre y el níquel para maquinaria agrícola é industrial, trabajando día y noche para producir todos los elementos que la guerra necesita. Y como en esas grandes fábricas, en todas las que trabajaban metales se están haciendo municiones, piezas de cañones, armas, automotores, cocinas, cuanto la guerra exige.

Así, aún no se ha dicho la última palabra. Los ministros ingleses hablan demasiado, y van, por indiscretos, de error en error. Así esta guerra no la ganará el oro, ni el trigo, ni el hombre, ni el mar, ni el aire, ni el cobre. Espera un grave desengaño á los organizadores de pueblos, á los tácticos, á los estrategas. Esta guerra la ganará únicamente la Previsión, la única virtud cuya fuerza no ha de fracasar en esta bancarota de la civilización europea.

MÍNIMO ESPAÑOL

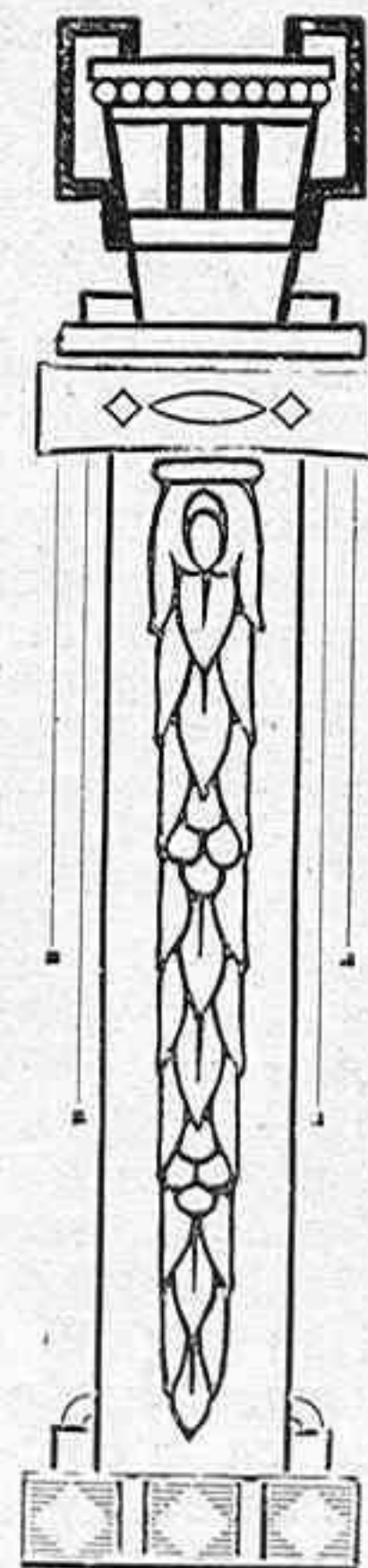


LA CANCIÓN DEL ALMA ERRANTE

¡Generosa alma mía!...
Siempre, siempre has tenido
de par en par abierta
para todos, tu puerta...
¡De todos fué cuanto en tu casa había!...
¡Con todos tu riqueza has compartido!...

¡Cuántas hambres saciaste
en tu pródiga mesa!... Y ¡cuántas veces
sufriste privaciones y estrecheces,
porque todo lo tuyo malgastaste
con los otros!... Al mísero mendigo
que en tu casa se entró, no preguntaste
jamás, si era tu amigo ó tu enemigo...
Al calor de tu mesa le sentaste,
y con él compartiste
cuanto en tu casa había...

¡Y tanto prodigaste tu alegría,
que has venido á quedar mendiga y triste!



Como todo lo diste,
ya no tienes ni techo
que te cubra, ni lecho
donde poder dormir por vez postrera...

La tierra te es hostil. Como una fiera,
perseguida por todos, sola marchas
entre las sombras y entre las escarchas,
firitando de frío,
sintiendo en torno tuyo
la frialdad angustiada del vacío...
¡Sola... no, que á tus pies gruñe sombrío,
como un mastín famélico, tu orgullo!...

Sangrando el corazón por mil heridas,
te rindes á tu eterna pesadumbre...
¿En qué hogar, al amparo de qué lumbre
calentarás tus manos ateridas?

F. VILLAESPESA

DEUJO DE PENAGOS

EN LAS LINDES DE LA GUERRA
LA ALEGRÍA DE LAS CALLES



Gitanos rumanos, músicos ambulantes



Betuneros y vendedores de refrescos

La alegría característica de las calles en toda urbe populosa está en el desbordamiento del hampa sobre ellas; del hampa, que tiene sus categorías, desde los modos de vivir que no dan para vivir, de que habló nuestro *Figaro* admirable, y que constituyen la aristocracia de las industrias callejeras, hasta la escala inferior de los que convierten la mendicidad en oficio. Nada más típico y característico del Madrid de principios del pasado siglo que la Colección de vendedores ambulantes que posee la Calcografía nacional. Suprimid los *camelots* de los bulevares parisinos, ó el vendedor de flores en Sevilla, ó el de boquerones en Málaga, y habríais quitado la mitad del encanto que tienen las tres capitales.

La facilidad de comunicaciones va borrando carácter y color local á innumerables manifestaciones de la vida propia de cada nación y de cada ciudad; las costumbres, los hábitos van siendo los mismos en todos los países, y, sin embargo, hay industrias callejeras que resisten impávidas los embates del progreso. Antaño era frecuente ver en las calles de ciudades y pueblos españoles al *bambino* italiano que tocaba el arpa y cantaba la asendereada

la donna e mobile...

pero ese tipo ha desaparecido, ante el pianillo de manubrio, que ha vencido en dura y ruidosa lid á todos los demás instrumentos músicos callejeros. En cambio, he ahí la invasión de los barquileros españoles. Cuando viajáis los encontráis por todas partes, en París, en Londres, en Roma, en Berlín, en Alejandría, en Río Janeiro. Son chiquillos de diez á catorce años, todos parecidos, con la misma picardía en los ojos y en los labios; proceden de Navarra, de Aragón,

de la Rioja, y están satisfechos de su vida andariega y divertida. Cuando les encontráis en los parques y en las plazas, mascullando un idioma extranjero, rodeados de chiquillos, y pretendéis, á título de compatriotas, averiguar quién los lleva á tierras extrañas, los barquileros os cuentan una linda mentira ó huyen de vuestro lado.

La guerra ha venido á perturbar el mundo de los negocios, lo mismo el de las grandes bancas y las poderosas industrias, que el de las profesiones callejeras y el del comercio ambulante. En París, muchos *camelots* que alegraban la calle con su ingenio, no tuvieron resistencia en caja para soportar las primeras perturbaciones de la guerra. Unos huyeron á Burdeos, otros se inscribieron soldados voluntarios. Ha sido una quiebra tremenda. París tardará lustros en volver á tener sus bien adiestradas legiones de vendedores voluntarios.

Imaginad, pues, lo que estará pasando en Turquía, donde ya llueve sobre mojado; esto es, que la guerra actual viene á resucitar los horrores de otra guerra, reciente todavía, y más trágica para el Islám que la guerra actual.

Lo característico de Constantinopla y de todas las ciudades turcas es el vendedor de café. Es el precursor de nuestro acreditado comerciante madrileño en *recuelos*. Bien se ve que hay categorías. El modesto industrial madrileño no tiene parroquia sino en la hora dudosa del amanecer; el obrero madrugador y el golfo y el chulapo noherniegos constituyen su única clientela. En cambio, en Turquía, el vendedor de café recorre las calles á todas horas y á todas horas encuentra consumidores que se detienen al borde de la acera, beben de un sorbo su taza, pagan sus diez paras (unos seis céntimos de peseta) y prosiguen su camino. El vendedor de café ha de ser un hombre joven y fornido. Pendiente de una percha curva, apoyada en el hombro lleva toda su industria: un hornillo, donde la cafetera hierve y humea; un depósito de carbón, otro de agua, dos docenas de tazas y una caja de azúcar. En estos establecimientos ambulantes no se usan cucharillas.

Si mal andan los negocios callejeros en Turquía, imaginad lo que pasará en Servia, donde el tráfico ambulante apenas podía ejercerse en más de tres poblaciones: en Belgrado, la capital; en Novibazar y en Nish, porque todo lo demás de la nación es pobrísimo.

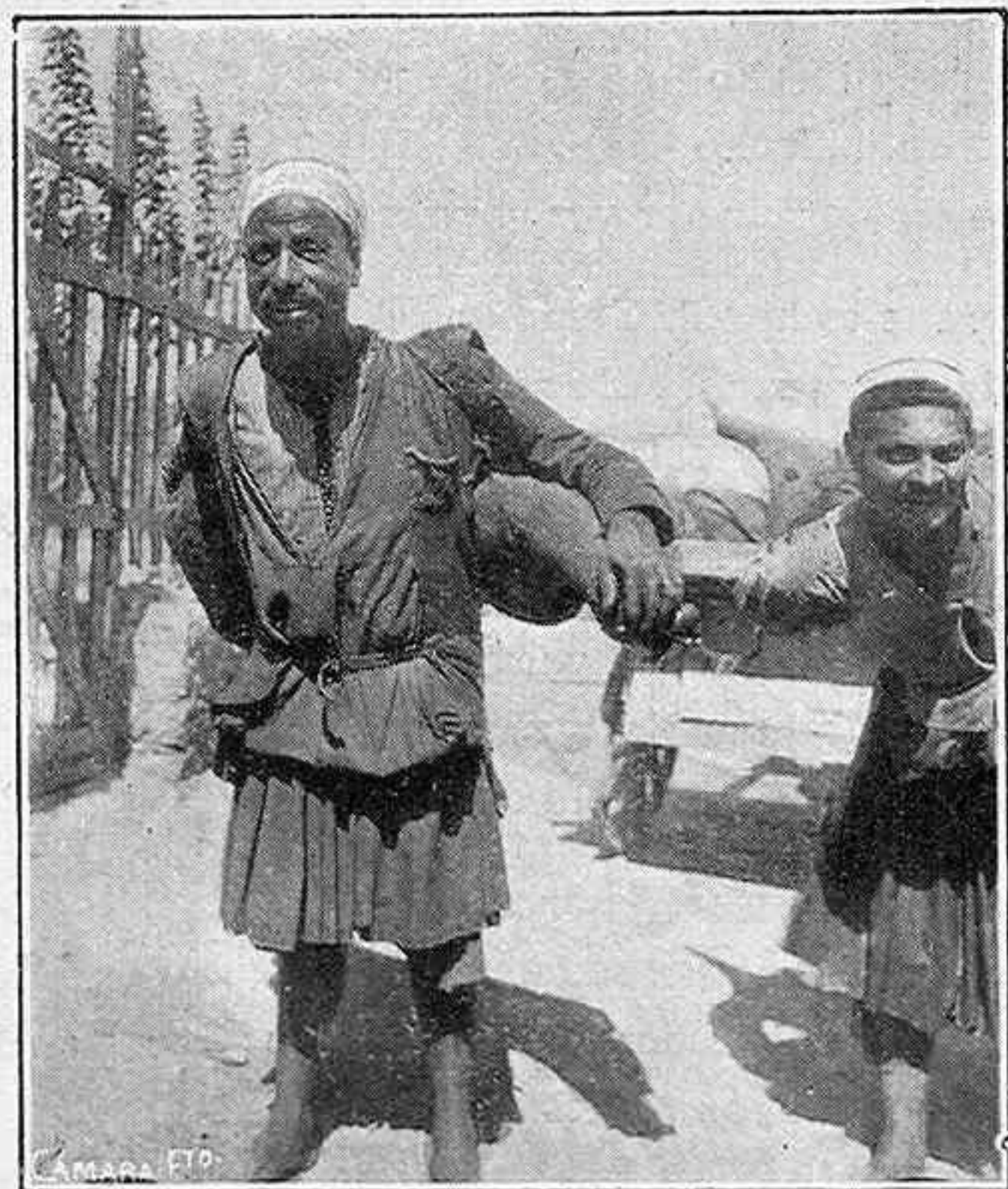
Allí aparece un tipo de industrial internacional que llena el mundo: el betunero. Su caja, con su alzapiés y su depósito de cepillos y crema, es igual en todos los países. Imaginad qué ha sido de esas pobres gentes en los días trágicos en que Belgrado ha sido bombardeado y asaltado, teniendo que huir hacia el interior, de aldea en aldea, entre el clamor y el pánico de la guerra que avanza, porque—¡hay que ver, como diría un betunero madrileño!—para todo estarán ahora dispuestos los servios, menos para recrearse en que les saquen brillo á sus botas.

¡Y en Egipto! Han llegado pocas noticias á España de la perturbación que allí produjo la guerra, sobre todo en el comercio ambulante. En Puerto Said, en Ismailia y en Suez, este comercio tiene una extraordinaria importancia. Se

hace en lanchas que aguardan el paso de los buques que cruzan el Canal, y á voces, á gritos, en todos los idiomas, se vende á los viajeros los frutos del país: dátiles, naranjas, cocos, uvas y chucherías y baratijas de metal y de conchas que tienen pintarrajeado el letrero: «*Souvenir de Suez*». Últimamente, la venta de postales con vistas del Nilo, de las pirámides y de los oasis, ha tomado gran incremento; pero este es un negocio de aristócratas, que necesitan ser dueños de una lancha, pagar un remero y tener invertido bastante dinero en mercancías. ¡Pero aquellos míseros vendedores de Alejandría, del Cairo y aun de Roseta y Zagazig, que pregonan con un raro alarido ininteligible agua fresca y limonada!... ¿Qué habrá sido de aquel anciano ciego, de piel como ébano, de barba como nieve, que caminaba lentamente con su ánfora sujeta á la espalda por cuerdas de cáñamo y en la mano la escudilla con que daba á beber limonada á cuantos se la pedían, tomando el precio como una limosna?...

Henos aquí en Rumanía, donde la guerra no ha llegado todavía, donde es un temor nada más. Bucarest es una ciudad linda, aristocrática, enriquecida por el petróleo, por el trigo, por las rosas, las tres espléndidas cosechas del país que ha hecho artista su Reina poetisa y música. En Bucarest, los vendedores ambulantes visten trajes sin roturas ni manchas, aunque van descalzos. Allí los gitanos callejeros son músicos y danzantes. Como en los tiempos que conoció Cervantes, las gentes forman corros en las plazas para ver las danzas y escuchar las canciones de aquellos pícaros y de aquellas lindas rebeldes que llevan en sus ojos negros, insondables, el misterio de su raza...

DIONISIO PÉREZ

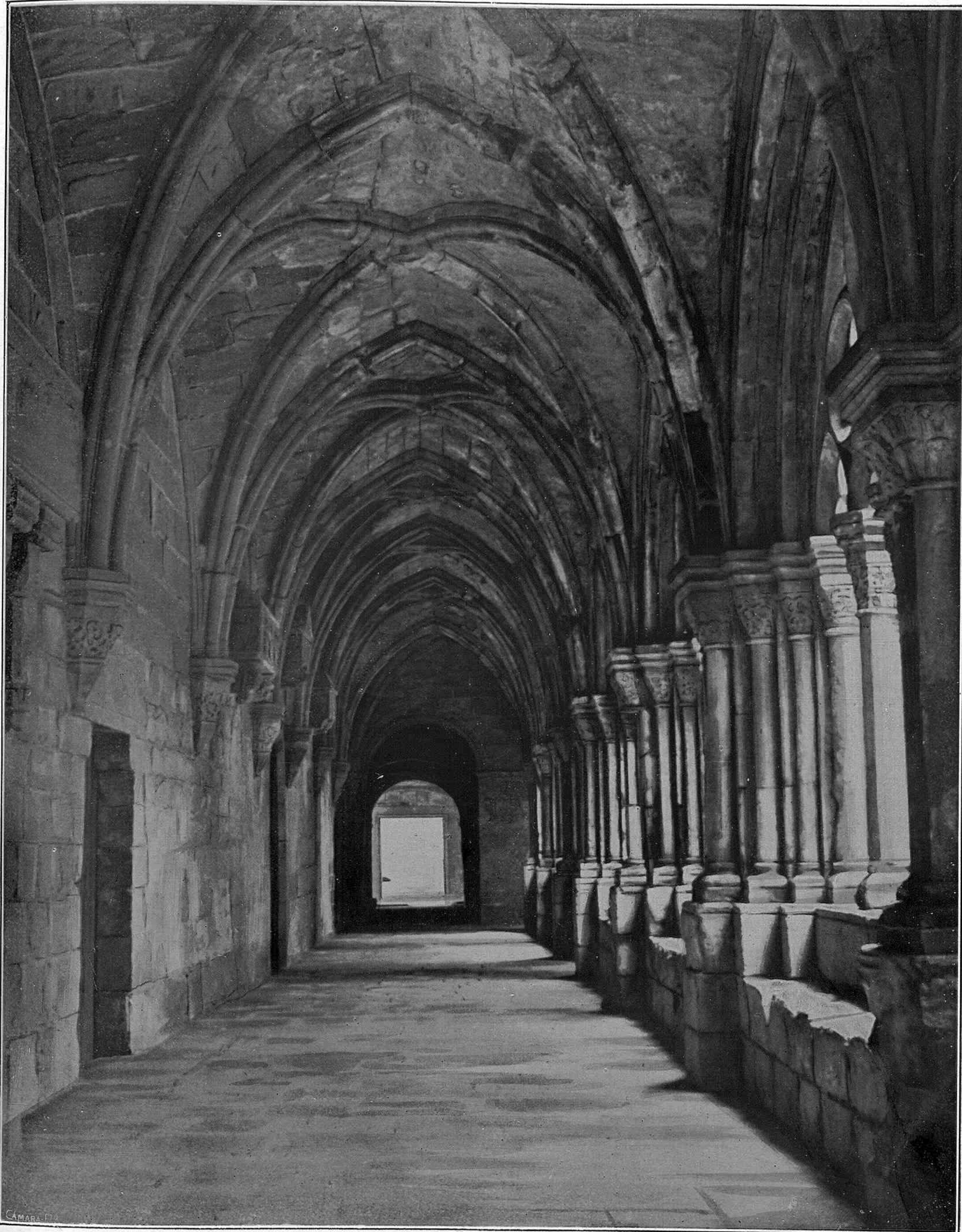


Aguador egipcio



Vendedor de refrescos, egipcio

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE POBLET

FOT. AMAT

Este antiguo monasterio real, situado en término de Vimbodi, de la jurisdicción de Tarragona, fué edificado en el siglo XIV y su estructura es de una grande y sugestiva belleza. En otra ocasión nos ocuparemos con la extensión debida de este monasterio, que es uno de los más hermosos é históricos de España

LO QUE FUÉ
BANQUETES Y SOLEMNIDADES

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

PONER el pensamiento en la reivindicación de Gibraltar no es entre nosotros cosa nueva, ni de este año precisamente, que las aspiraciones románticas pertenecen á todas las épocas, lo mismo en las personas que en los pueblos. En el otoño de 1880 hablaron los periódicos y algunos conspicuos personajes españoles de lo que convendría poseer la plaza que avanza en el Mediterráneo hacia las costas africanas como tendiendo á éstas mano amiga.

No pasó entonces tal decir de un puro entretenimiento. En algo habían de encontrar desahogo las pasiones políticas, un tanto avivadas por la prolongación abrumadora del poderío de Cánovas. En Alcaira se obsequió á Castelar con un banquete, y el insuperable tribuno, al final del homenaje, dijo un discurso, como suyo, maravilloso. En las palabras del gran poeta en prosa, mostráronse radiantes y arrebatadoras las ideas democráticas. Los párrafos grandilocuentes de Castelar sonaron como toque de llamada á las generosas y en aquel momento adormecidas aspiraciones expansivas de la política española.

Sonado fué el banquete de Alcaira, pero más lo fué aún el que en Sevilla dieron á D. Francisco Romero Robledo para que arengase á sus inquietas huestes, á los célebres Húsares. Nunca se vió tropa política ni más resuelta para los combates, ni más leal á su caudillo, ni más indómita para someterse á la disciplina general. Los amigos de Romero Robledo lo eran de él ante todo y sobre todo. Una vez le preguntaron á D. Ramón de Campoamor, *húsar* empedernido, ¿por dónde es usted diputado?, y el creador de *Los pequeños poemas* dijo sin vacilaciones: ¿Yo? Por Romero Robledo. Y así, los que seguían al entonces ministro de la Gobernación espían sus gestos para convertir los deseos en realidades; apenas oían sus palabras tomábanlas en cuenta, como si fueran un evangelio. Jamás se dió un personaje más acendradamente admirado y querido por sus parciales que aquel ilustrado antequerano; bien que el sólo vivía para la política y para quienes en ella le secundaban.

Sin Romero Robledo, acaso Cánovas no hubiera pasado de la categoría de un doctrinario genial (palabras que rabian de verse juntas), de un gran estadista, pero sin eficacia. Con Romero Robledo pudo Cánovas gobernar durante un período de tiempo que no ha alcanzado ningún otro hombre en la vida pública y moderna de nuestro país; ni O'Donnell con la Unión liberal, ni Sagasta cuando el primer Parlamento de la Regencia, el que se llamó Parlamento largo.

El primer ministro conservador de Don Alfonso XII estuvo seis años al frente de los destinos de la Patria por el concurso de D. Francisco Romero, el hombre simpático, sugestivo, cariñoso, que atendía á todo el mundo, era tan pródigo en palabras como en obras, y del que pudieran aprender algunos personajes de estos tiempos que se las echan de austeros y sobrios, tanto que llevan la sobriedad hasta reservarse las razones en que se funda su encumbramiento.

Repito que de aquel banquete de Sevilla se habló durante mucho tiempo en toda España. Sabrosamente le comentó D. Francisco Silvela, que era la figura contradictoria de su correligionario Romero Robledo; bien que éste, para resarcirse de las agudezas de su rival, motejábale por despegado. Es tan frío—exclamó una vez—que veranea en Málaga.

Y como banquete de ruido, de importancia, porque lo organizaron varios muchachos de valer, recuerdo aquel de la juventud democrática, que en los altos de Fornos, y en una noche de Diciembre, dió lugar para que se significaran como esperanzas Canalejas, el inolvidable y glorioso orador; Laureano Calderón, legítimo prestigio de la ciencia, arrebatado á ella en hora temprana; Pacheco, un periodista ilustre que ha muchos años desapareció de la vida; Emilio Reus y Bahamonde, un talento extraordinario que se malogró; así como Enrique Gómez Ortíz, Martos Jiménez, Enrique García Alonso, Navarro Amandi y Arnau. Al mismo tiempo que estos comensales, tempranamente sustraídos al cariño y á la admiración de sus compañeros, hubo otros que ahora son personalidades ilustres en la política, en el periodismo y en la literatura. Recuerdo á Julio Burell, Miguel Moya, el doctor Pulido, Montoro, cubano prestigioso, Pérez Caballero, Ceferino, Palencia, Serrano, Fatigati Lam-

berto Martínez Asenjo, Peris Mencheta, Be'trán y Rózpide, todos los cuales gozan de legítima nombradía y eran entonces unos muchachos, en los cerebros de quienes hervía el santo entusiasmo en favor de una España próspera y liberalizada.

Las circunstancias prestábanse á que los de-



D. CÁNDIDO LARA
Hace veinticinco años

mócratas sintiesen afán por un cambio de política, y eso que en aquel mes de Noviembre de 1880, cinco años antes de una famosa revuelta, se sublevaron los estudiantes el día 21 de Noviembre porque deseaban conmemorar el santo de Doña Isabel II. Era motivo de fogosos comentarios entre los políticos no ministeriales, el que entrasen en España muchos frailes procedentes de Francia, donde las leyes dificultaban su asociación. Constituía entonces espectáculo curioso ver por las calles sacerdotes regulares, como también era mucho menor que ahora el número de conventos destinados á servirles de albergue.

Todo retornaba; las aguas, después de la crecida de la revolución, volvían á su nivel, borrándose añejos rencores. En una mañana de Octubre llegaron á Madrid los duques de Montpensier, y en la estación les esperaba, con los Reyes y las infantas, la Reina madre Doña Isabel. Por cierto que al ir á Palacio la regia comitiva embarrancaron los coches en la Cuesta de San Vicente; con tal motivo los gacetilleros dijimos una porción de cosas contra el pavimento de Madrid.

En el teatro advertíase tanta animación como en la política. Se abrieron dos nuevos: el circo de la Plaza del Rey, edificado sobre el solar del antiguo, y el de Lara. Este último se inauguró cuando su propietario, el simpático D. Cándido, era concejal. Por la época á que aludo revelóse un dramaturgo estrenando un drama en tres actos y en verso, titulado *La herencia forzosa*. El autor, catedrático en Granada, dejó pronto las



D. MIGUEL MOYA
Hace veinte años

comedias para dedicarse al foro y á la política, á fuer de orador elocuentísimo, y ha sido dos veces ministro y es un personaje de los más notables: se llama D. Antonio López Muñoz.

La zarzuela grande estaba en todo su apogeo. Se cultivaba en Jovellanos y en Apolo, bien que en Jovellanos quebró la Empresa. Una de las obras más aplaudidas de aquella temporada fué *La abadía del Rosario*, de Marcos Zapata y de Marqués. En la Comedia, García Gutiérrez, glorioso veterano de la escena nacional, estrenó su último drama *Un grano de arena*. En este teatro se estrenó también entonces el juguete titulado *Música clásica*, letra de José Estremera, música de Chapí, que daba entonces las primeras señales de su extraordinario talento. *Música clásica*, escrito como fin de fiesta, fué durante muchas noches lo más lucido de la fiesta entera. ¡Qué primorosa aquella Antonia García, bella tiple que en los cantos andaluces no tenía rival! ¡Y qué gracioso aquel Ramón Rosell!

En el flamante Lara se hartaron también de ganar dinero con una revista titulada *De Cádiz al Puerto*, de D. Francisco Flores García y de Julián Romea.

El simpático D. Francisco, que ahora modestamente evoca glorias ajenas, pudiera envanecerse de haber conseguido envidiable notoriedad gracias á su ingenio castizo. Aquel famoso *De Cádiz al Puerto* lo vió todo Madrid, alguna de sus agudezas se hicieron populares y en la obra se revelaron como notables cómicos dos descendientes de actores célebres: Romea Delpas, nieto del gran D. Julián, y Pepito Riquelme, el malogrado Riquelme, que fué esposo de la aplaudida y bella actriz Elena Salvador y padre de otros artistas que mantienen con aplauso los laureles de la familia.

Pero donde la temporada tuvo caracteres de suntuosa fué en el Real; en la primera parte de la temporada cantaron Adelina Patti, Stagno y Gayarre. Este último se había contratado para ir á París, pero al cabo la Empresa consiguió que el sublime tenor no nos desdijese por el extranjero; ¡como ahora!

La Patti cantó *Lucía* con Gayarre y *Barbero* con Stagno. Para asistir á tales funciones costaban los billetes un sentido y, sin embargo, se adquirían mediante recomendación. ¡Qué noches aquellas! En la espléndida sala, que entonces con el gas lucía menos que ahora, brillaban las figuras sobresalientes de la época. En un palco, la duquesa de la Torre con la condesa de Santo Venia. Los duques de Fernán Núñez y marqués de la Mina con los duques de Alba y duque de Huéscar. En su platea, María Buschental, que convertía el palco en sitio de tertulia política, á la que concurrían frecuentemente, entre otros, Echegaray, López Domínguez, marqués de Montemar. Enfrente de la platea de la Buschental, la de Arizcun. En otros palcos, la duquesa de Híjar, la marquesa de la Laguna, la de la Puente y Sotomayor, Concha Castelar, la hermana del insigne tribuno; la duquesa de Sanlúcar la Mayor con la marquesa de Aznalcollar, madame Baüer, la duquesa de Santoña, las condesas de Torrejón y de Xiquena, las marquesas de Perriá, San Carlos, de Campo Alanje y de Villamejor; la condesa de Fuente Salce con su hermana, la viuda del que fué ministro y nuestro representante en Roma, Pacheco; las señoras de Martínez Campos, de Romero Robledo... Cuánta hermosura, cuántos encantos los que yo contemplaba desde mi asiento del paraíso, satisfecho por oír la voz cristalina, indescriptible, de la Patti; el dulcísimo acento de Julián, las artísticas fermatas de Stagno; ¡lo que yo gocé en aquellas representaciones! Casi tanto como en el estreno, verificado por aquellos días, del drama de Echegaray *La muerte en los labios*. La obra de don José nos puso á todos borrachos de entusiasmo. ¡Es mucho drama ese drama, donde la pasión y el alarido de libertad de conciencia se juntan en un sublime acierto! ¡Y cómo estuvo Vico! ¡Cómo dijo aquello de «será capricho»; en fin, á mí me gustó aún más que Calvo, y Calvo era... tente, pluma! Todas las comparaciones son odiosas, y más todavía cuando no hay necesidad de hacerlas.

Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

PÁGINAS HUMORÍSTICAS



—Estos, “Fabia“, ¡ay, dolor!, que ves ahora...
Dibujo de Coki

DE NORTE A SUR

Todo es según el color...

Como verdad en pleito, que adquiere dos aspectos distintos según las sendas elocuencias de los abogados respectivos, así esta fotografía del militar alemán tocando la mandolina y de la niña belga escuchándole, puede tener diferentes comentarios.

Comentario germanófilo:

Suave y dulce, la tarde se extinguía. Iban las sombras trepando hacia las primeras ramas floridas de los árboles. Tan lejos las trincheras, que a la ciudad no llegaba el estampido de los cañonazos. La vida tenía otra vez su ritmo tranquilo, apaciguado. Por las calles circulan los niños sonrientes, con una serena quietud en las pupilas azules... Y en este momento, propicio a las nostalgias y a las melancolías, un militar alemán, sin armas pendientes del cinto ni rencores en el alma, sintió la caricia de los recuerdos pasarle como un aire perfumado ante los ojos y ante los labios. Fué entonces cuando empezó a pulsar la mandolina.

En la voz de la música abdicó su voz humana. Hablaban los ritmos sonoros y dulces de la patria lejana, de la *Gretchen* rubia que tenía en su mano el anillo de prometida ó acaso llevara en aquel instante á su pecho la cabecita rubia del hijo... Una infinita ternura hinchaba de suspiros el corazón y encristalaba de lágrimas las pupilas del alemán. Y al encanto de la música se acercó la niña belga. Ella ignora todavía porqué se matan los hombres; ella no aprendió á odiar á los soldados alemanes porque no sabe las barbaries que les atribuyen. Sólo conoce que son unos mocetones de ojos claros y cabellos rubios, que besan á los niños y les regalan juguetes, y cuando, como en este caso, se les sorprende entregados al emocionador deleite de la música, son más cariñosos que nunca, con un cariño de padres ó de hermanos mayores que no se avergüenzan de llorar...

Comentario francófilo:

Asperamente, aun en la que debió ser dulce vibración de las cuerdas, suena el himno egolátrico en esta mandolina que pulsa el alemán. Todo en torno suyo tiene el aspecto desolado y ruinoso de la ciudad conquistada. Al otro lado de los escombros que fueron airoso edificios y templos centenarios, suena el cañón, y van las nubes fugitivas de los disparos sobre los campos de Flandes, tan fecundos el año anterior.



Una niña belga, en Bruselas, oyendo tocar la mandolina á un soldado alemán. FOT. PARRONDO

Todos los hombres de la ciudad son alemanes y visten uniformes militares. Las mujeres, los niños que se salvaron de aquellos primeros días en que el heroísmo se consideraba una traición á los ejércitos del Kaiser, van como sombras á través de las calles ocupadas militarmente. Pero los niños, en su inconsciencia, se acercan á los soldados empujados por una curiosidad inocente. Así esta niña que atrajo la música de la mandolina, como en aquella fotografía de la Reina de Bélgica, rodeada de sus hijos en un momento de paz y de felicidad. No la seduce la música por su belleza, puesto que el alemán de la mandolina no conoce las hondas y graves armonías de Beethoven ó de Bach, sino el «Alemania, Alemania sobre todos», tan fanfarrón. La niña ha oído este himno muchas veces á las bandas de los regimientos y á los hombres roncós que atraviesan las calles, bañadas de luna, tambaleándose, ebrios de gloria y de cerveza. Pero nunca lo había oído así en una mandolina, creada para más suaves y sentimentales dulzuras. Y sólo por esto se acercó al soldado que tal vez la dejara huérfana ó que fué uno de los que arrimó la mecha al cañón con que destruyeron su hogar...

La fiesta de la flor

También en Londres ha habido fiesta de la flor. También han postulado gentiles muchachas, que si no llevaban mantones de Manila ó mantillas blancas, vendían en cambio flores naturales; lo que no deja de ser un reproche de la tierra de las brumas á la tierra del sol. Tampoco postulaban por una vergüenza nacional, como es la tuberculosis en España, sino por un orgullo nacional, como es la guerra, ahora, en Inglaterra.

A beneficio de los heridos se vendían flores y sonrisas femeninas. Los ingleses, siempre correctos y siempre prácticos, no negaban el dinero que permitiera reponer á los hombres provisionalmente inútiles. Al fin y al cabo, esos bravos muchachos heridos en la guerra, pueden evitar, mientras vivan, que el reclutamiento militar sea obligatorio.

Pero hubo una postulante que recaudó más que todas sus compañeras. No por la belleza de su rostro, no por el donaire gentilísimo de su figura ni por la charla graciosa y audaz. Sino, sencillamente, porque supo hacerse acompañar por dos heridos auténticos del Hospital de Charing-Cross.

He aquí una excelente idea, no recomendable, sin embargo, en España, donde la fiesta de la flor es siempre á beneficio de la tuberculosis. Imaginaos al lado de una mocita pinturera y castiza ó de una damisela vestida con arreglo al último figurín, á un hombre escuálido, roído por la fiebre, con los ojos encendidos por un fulgor de más allá de la vida...

Ni tampoco en esas fiestas de caridad «á beneficio de los pobres del distrito»—que muchas veces no benefician á esos pobres—sería grato hallar junto á las mesas de té, ó alternando con bailarinas y cupletistas, los mendigos...

Un pobre, un enfermo, no son nunca decorativos. Como los personajes del segundo acto de *El Místico*, nos burlaríamos de la candidez del Mosén que nos propusiera tal locura. Sólo en Viernes Santo, y previamente escogidas y vestidas de nuevo, se toleran las miserias humanas.

Por eso hay que reconocer un



Señorita inglesa haciendo una cuestación en el Hospital de Charing-Cross, á beneficio de los heridos de la guerra, auxiliada por dos soldados convalecientes. FOT. HUGELMANN

gran dominio de la psicología á los que prescindieron del corazón y se dirigieron á los sentidos para sacar dinero.

Entre darle cinco duros á una damita aristocrática por una flor, ó hacer una obra de caridad divirtiéndose con cupletistas y bailarinas y entregar unas pesetas en las propias manos del pobre ó del enfermo, la elección no es dudosa.

El teatro sintético

Parecía lógico que los futuristas, al empezar á realizarse sus credos de destrucción, aniquilamiento de los viejos ideales y entronizamiento de supercivilizaciones regresivas al estado de barbarie, se habrían cruzado de brazos, tranquilos y satisfechos.

Después de la pintura, de la escultura, de la música y de los libros futuristas, ha llegado el teatro. Este teatro se llama sintético, y ya se han estrenado varias «disonancias» en Bolonia y en Verona.

«Todos los gestos humanos—explican los dramaturgos futuristas—están plenos de energía y expresión propias, inconfundibles, únicas, que cambian y se renuevan hasta el infinito, según los diferentes estados de alma, y por tanto unas cuantas actitudes pueden realizar sintéticamente la obra, que no podrían sugerir diálogos pesados é interminables.»

Así, pues, para mayor síntesis, se prescinde del rostro y de las manos, que hasta ahora servían como las mejores intérpretes de la acción y de la emoción. Bastan las extremidades inferiores. El talón baja hasta las rodillas de los actores, y sus piernas y sus pies son los encargados de expresar todos los conflictos pasionales que concibió y escribió el dramaturgo futurista.

¿Con las extremidades inferiores también? Es de suponer. Y también con las extremidades inferiores aplaudirá el público que tenga el placer de asistir á las representaciones de las «disonancias sintéticas».

Por algo decíamos, al ver las obras de retrucano de Fulano, los dramas de Mengano ó las comedias ñoñas, azucaradas, sensibleras, de Perengano:

—Calle usted, hombre. Si están escritas con los pies.

José FRANCÉS



Vista panorámica de Málaga, tomada desde el castillo de Gibralfaro

LA CIUDAD DE MÁLAGA

Teniendo por regazo del mar la orilla,
con el dajo indolente de una Sultana,
prisionera entre flores Málaga brilla;
ciudad resplandeciente que maravilla
porque ella es del donaire la Soberana.

Como paloma inmensa que alzar pretende
por escalar las nubes su raudo vuelo,
abre así sus dos alas y las extiende;
en tanto que cautiva los aires hiende
su catedral gigante, retando al cielo.

Mirando hacia el Oriente firme y erguido,
álzase Gibralfaro como un vigía;
gime el mar á sus plantas adormecido;
y un espejo parece, de azul teñido,
la concha deslumbrante de la bahía.

Al conjuro de un mago maravilloso,
su parque con sus frondas y sus jardines
se levantó en un iris esplendoroso;
y por gozar su clima, que es milagroso,
vinieron á buscarla de otros confines.

Mágicas son de invierno sus noches frías,
sus quietudes silentes de santuarios,
sus canciones de vagas melancolías,
y no hay nada que copie sus alegrías
cuando en fiestas repican sus campanarios.

Tierra de los ensueños y las baladas,
de los cielos azules y los placeres;
donde las flores crecen tan prodigadas,
que de rojos claveles están formadas
las bocas lujuriantes de sus mujeres.

Cuando la tierra en rayos de luz se inflama,
áureos tonos les prestan á sus campiñas
las mieses que acaricia del sol la llama;
y de un confín al otro llegó la fama
del vino generoso que dan sus viñas.

Aún guarda cual si fuesen ricas ofrendas
que al pasar le dejaron otras edades,
el valor, las costumbres y las leyendas,
é indómita y altiva cruza las sendas
que al llegar le marcaron las libertades.

La ciudad que con sangre su historia graba,
no es fácil que el ultraje dócil resista;
nunca mintió con hechos su estirpe brava;
y aún recuerdan los muros de la Alcazaba,
cuando alcanzó, luchando, su Reconquista.

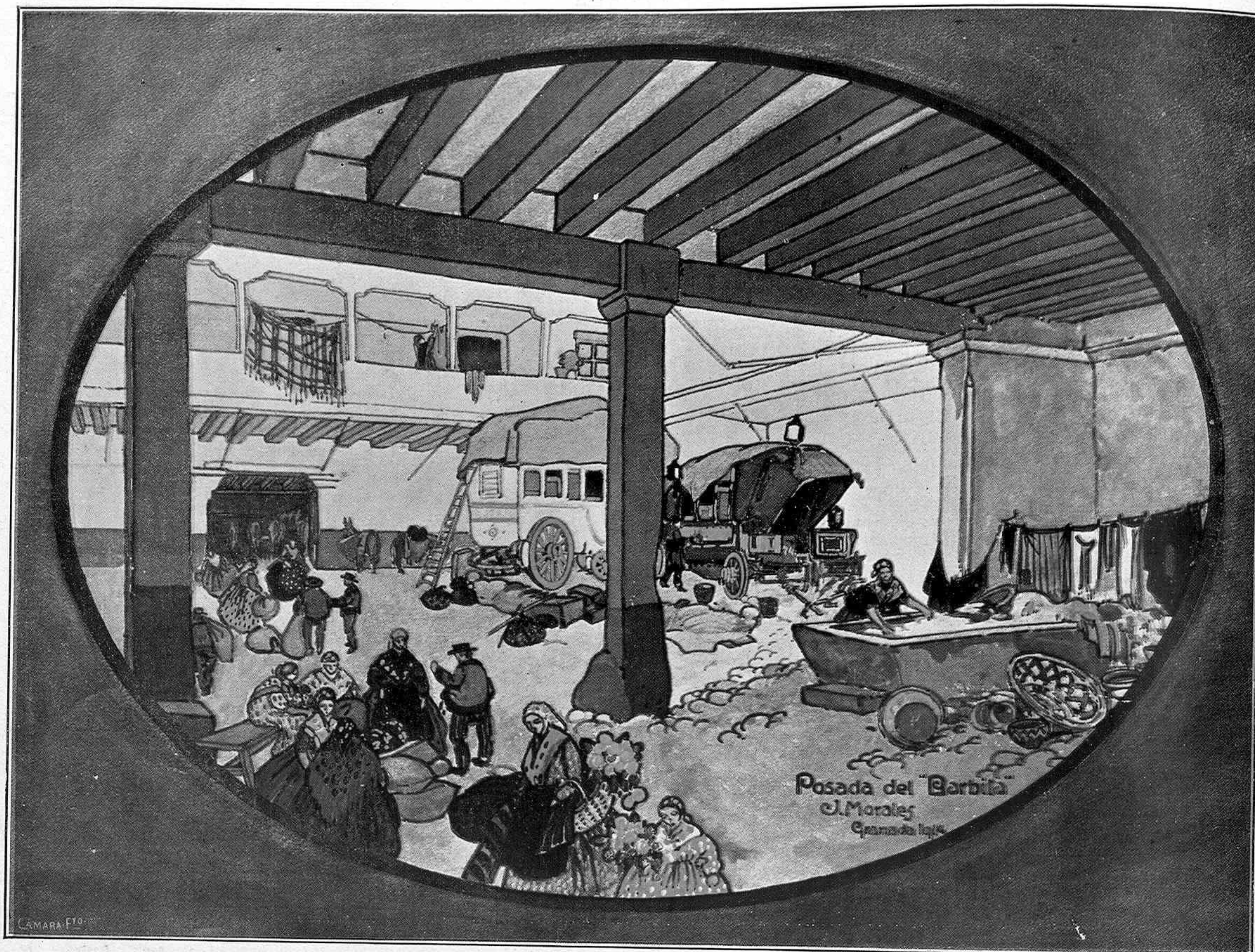
Siempre que un pueblo hermano miró abatido,
levantó su bandera de humanitaria
y en auxilio fué pronto del desvalido...
¡Tierra de la hidalguía que ha merecido
llamarse LA MUY NOBLE Y HOSPITALARIA!

Cuna de ilustres hijos que la adornaron
con los timbres gloriosos de su grandeza;
Matrona en cuyo seno calor hallaron,
los que en la lid vencidos se cobijaron
bajo el augusto manto de su nobleza.

No importa que á la tierra que brinda amores
logre ponerle cerco la desventura...
Andaluz que viste chales de flores,
no han de faltarle nunca cien trovadores
para cantar las galas de su hermosura.

VICENTE LIQUE GUTIÉRREZ





DE LA VIEJA ESPAÑA

LA POSADA

NUNCA faltarán en nuestra tierra los rancieros padrones ni las viejas posadas, descanso de recuas y viandantes, puertos en que recalán galeras y coches de camino, y albergues en que la sutileza de los hosteleros tienden cepos á las alforjas con la lisonja de su trato. Viven y vivirán los venteros maliciosos, y los caballeros errantes de magra figura sobre cuártagos con lamparones, y los Sanchos de rocín, y los licenciados con mulas andariegas, y los trajinantes con la doble bolsa de rumbo, parcos en la conversación, prontos al regateo, dóciles á toda desconfianza, sobrios en el yantar y de fácil acomodo en cualquier parte en que no exija el cuerpo regalos de comodidad. Tras de la España activa y fecunda que bate con febril y poderosa hélice los aires del progreso, gira en sentido contrario, perezosa y terca, la rueda de noria de la antigua España, sacando á cada nuevo sol sus canchales de recuerdos. Ni la carreta envidia al *expres*, ni el automóvil deslumbra á la diligencia desvencijada, ni el hotel al mesón, pues cada cosa es de su mundo.

El hotel tiene puertas de oro por la que sale, de frac, el cumplido mecánico para festejar al viajero rico. La posada abre su ordinario portón como una ancha fauce, dispuesta á tragarse de una vez vehículos y hombres, ofreciendo siempre á la vista la jalma del tío Trabuco y la guitarra del estudiante en el rincón; el viajero duerme junto á su tren; el corral es lonja y abrevadero y hasta casino, donde se juega ó se cuenta ó se está de alifara y holgorio. Todo el mundo se conoce, sabiendo hacia qué parte va la recua con la paja en las redes, y el pañero que pasa los lunes, y el médico de tal partido, y los tiliiriteros que hacen rueda y guisan por sus propias manos

las viandas. En el fondo del corral, la cana diligencia descansa en sus muelles como una señora gorda sobre sus caderas, ensimismada en su quietud; junto á ella, la tartana hunde en el piso sus varales, estirándose en largo bostezo; al olor del frito con cebolla se mezcla el cálido vaho de la cuadra; la luna miente á lo largo de los muros sombras azules que semejan remedos de casa morisca, y en lo alto del corredor oscila una luz, que pudiera ser la de D. Lucas del Cigarral, temeroso del rumor de un diálogo en su inquieta vigilia.

En lo antiguo, los patios de las posadas ó de las ventas eran testigos de improvisados jaleos pobres con que se entretenían las horas ahuyentándose el sueño. Colocábase la tarima bajo el farol ó junto al quinqué humeante, que lanzaba á lo largo del muro una suave caricia de luz, y allí, entre el guitarreo escarbajeadó, y las toses, y el repentino y acelerado repicar de las castañuelas, cuyos ecos parecían salir de las sombras azules, remedos de la casa morisca, arreciaba la zumba, se gritaba fuerte, bebíase hasta secar jarros y botas, abrasaban las gargantas hombrunas las coplas con picante, y se oía, entre las rápidas vueltas de la bailarina lombrijona que daba aire á las sayas y bríos, á los tacones:

—¡Por tu salud, María é la Gloria, otro jipío, que ya amanese!

—¡Vaya!

Y proseguía el baile, hasta que las paredes del patio palidecían con la aurora y el farol se rendía á la pesada borrachera de su roja luz.

Al salir de la posada hay que ponerse á tono con el lugar y con el día. El sol acosa las paredes, el camino parece nuevo, el aire más puro, el cielo más azul, bruñidos los guardacantones, lucientes y vi-

vos los lomos de las mulas, blandos los ejes, ágiles las ruedas, con más brillantes briznas de oro la paja de las redes, más elástico el paso de las bestias y más confiado el agrio visaje del arriero.

La posada, mansión de todos y en que no se exige cédula ni tarjeta, es el vivaque de un ejército de transeuntes y es al mismo tiempo ferial y fondín. Enalteciéronla los antiguos hidalgos, conságranla los modernos viandantes y no cedería por el más pomposo nombre extraño su nombre rotundo y castizo.

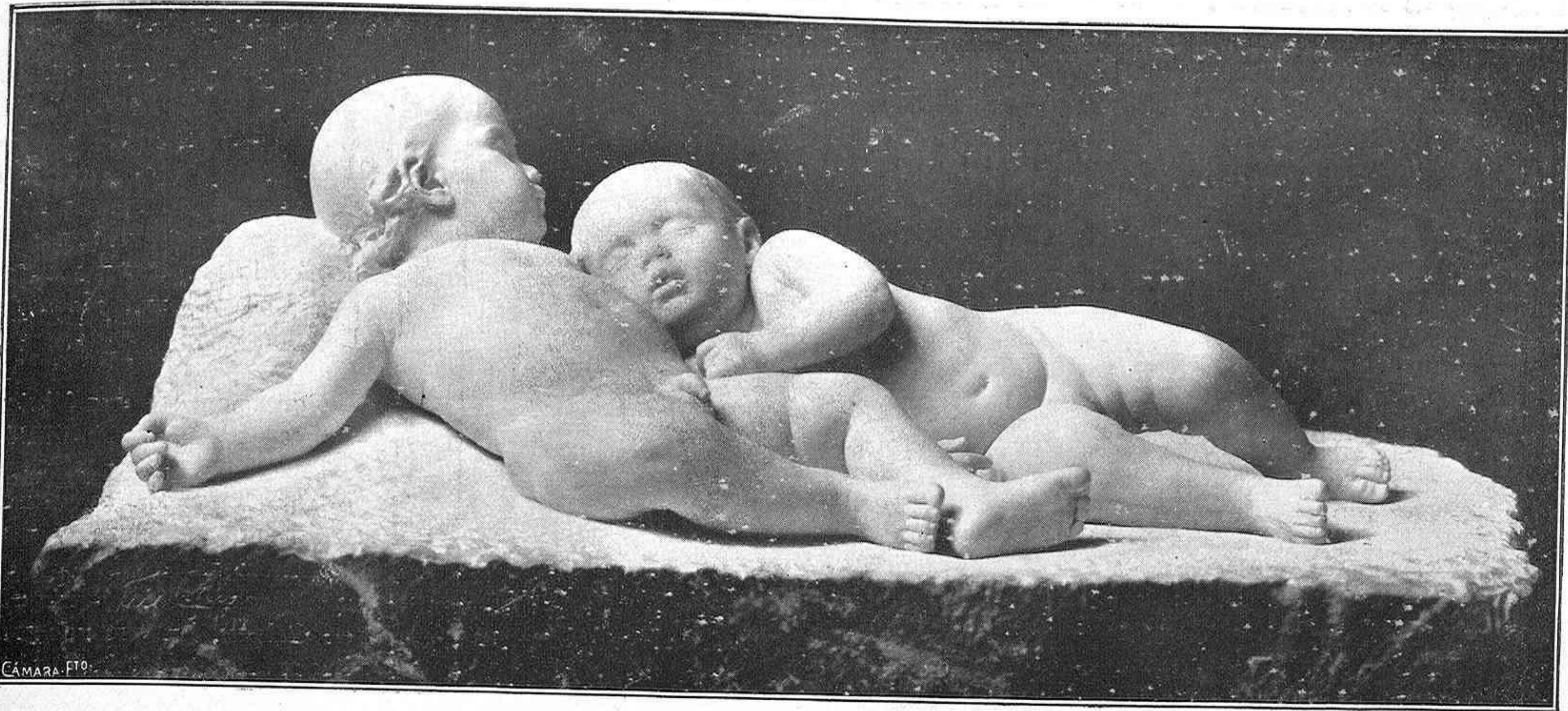
Le veréis siempre en letras negras y anchas destacándose donde menos artístico pueda parecer. Sobre el ancho hueco de la puerta que arranca del oro del estiércol y acaba en la gastada viga, bajo el único balcón de hierro tomado de orín, tras de la rama muerta que colgó, siglos atrás, la mano caprichosa de algún ventero antecesor.

¡Posada! ¡Venta! Estas palabras del neto idioma castellano confortan el cuerpo y el espíritu mucho más que el exótico título de *Hotel*, que ni puede ni debe decir nada á ojos españoles.

Estos viejos albergues de agrietados muros por donde sopla el aire del recuerdo, leyendas de otros días, perdurarán tanto como el fuerte suelo en que arraigaron.

En sus poyos calizos, damas linajudas posaron los brevísimos pies, para tomar tierra; en sus puertas de cuarterones quedó la sombra de los cuentos de las espadas que llamaron á deshora, y en el alto postigo, el rostro del ventrudo hostelero, que arrastró la cal en su ansia de ver si eran gentes de calidad a que llegaban.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ



"Niños dormidos", grupo escultórico de Teixeira Lopes

EL ESCULTOR PORTUGUÉS TEIXEIRA LOPES



TEIXEIRA LOPES

EN esta divina tierra portuguesa, romántica, ideal y evocadora, hay un delicioso sentimiento de lo bello, que es innato en la mayor parte de las criaturas de la lusa raza.

Nadie dirá — por ejemplo — que este pueblo, que á veces, con un fusil al brazo, se pelea por una idea política, es el mismo pueblo que vibra de sentimiento artístico ante un paisaje exuberante ó una melancólica can-

ción de infinita *saudade*...; y sin embargo, ese contraste existe, perfectamente definido é íntimamente *sentido*, en el pueblo portugués. Es artista por intuición y por temperamento, y la influencia espiritual más decisiva para la formación de ese temperamento es, sin duda, el paisaje natural de este país, definitivamente bello, que sirve de museo colosal en que toda contemplación es lección espiritual y todo punto de vista baño de belleza extraordinaria.

Así, no es de extrañar que haya aquí artistas portentosos, entre los cuales figura como principal orgullo de Portugal el divino escultor Teixeira Lopes.

El genio tiene asilo en su cerebro y la bondad alberga en su corazón: decidme si esa cabeza bíblica, melancólica, soñadora, no define bien el hombre y el artista.

Teixeira Lopes es joven: nació en 1866. A los dieciocho años acabó sus estudios en Oporto y fué á París, donde en 1885 (el mismo año que llegó á Francia) fué admitido y premiado en el *Salón* por su obra *Ophelia*. El *vini vidi vici* de César debió de encontrar eco en el alma del triunfador artista; que se vió elevado sin transiciones, sin haber gustado tal vez el veneno delicioso de una desilusión...

En el *Salón* de 1889, su maravilloso *Caín* le valió medalla de oro, y en 1900 la suprema distinción, *Grand prix*.

Desde entonces su nombre fué ya consagrado mundialmente, y entre innumerables honras obtenidas por su talento, figuran la medalla de oro en Berlín, 1896; medalla de honor en San Luis de América; medalla de oro en Barcelona,

1906; etc., etc. Debo advertir que no cito más que los premios mas importantes para dar más clara idea de la ilustre personalidad artística de Teixeira Lopes, porque tratándose de un artista casi desconocido en España, esas pruebas irrefutables de su talento demuestran, mejor que mis palabras, lo que él vale.

Teixeira Lopes es artista en todos sus detalles. A orillas del Duero, en una alta colina, se alza, orgulloso y monumental, su riquísimo palacio, que más parece principesca vivienda de leyenda y que es, en realidad, museo de incomparables tesoros artísticos. Desde la entrada regia se vislumbra el jardín amplísimo y fantástico, donde toda floración exótica tiene representación maravillosa. De ese jardín parte la escalera que conduce á las galerías superiores del museo, donde se ven obras de Rodín, Bordallo Pinheiro; lienzos de Souza Pinto, Carneiro Doré; acuarelas del Rey Don Carlos y apuntes de la ex Reina

Doña Amelia; joyas antiguas, pedrerías, orfebrerías, cruces, placas, muebles, tapices riquísimos, cueros antiguos, retratos de los personajes más ilustres del mundo entero... y al final de esta galería el teatro: el magnífico templo donde tantas fiestas regias se han realizado, presididas, en el pasado régimen político, por los Reyes de Portugal, y por donde han desfilado los mayores artistas, conmoviendo al público de *élite*, que si no aplaudía por reglas de etiqueta, *sentía* con devotísima admiración.

Al otro lado de la galería la *cámara* del ilustre artista, llena de preciosidades, cuyos detalles son maravillosos. Sobre un tablado antiguo, de talla, se alza la cama en que durmió Teixeira Lopes, que es el histórico lecho que Don Juan V, Rey de Portugal, dió á su amante, la célebre Madre Paula, del convento de Odivellas. El mueble es una maravilla, de gusto refinado y de arte maravilloso; está en magnífico estado de conservación, y su contemplación evoca escenas íntimas de amores regios... Estas altas galerías del primer piso y esta *cámara* son únicas, seguramente, por su riqueza y valor histórico.

En su catálogo vastísimo figuran, entre mil obras, su *Baco*—modelo de expresión viciosa y característica—, que está incluida con el *Santo Isidoro de Sevilla* y con el magnífico *Monumento á Eça de Queiroz* en la obra «*Histoire Générale de l'art*», de Marcel Dieulafoy. Allí, en su museo, están también los bocetos de sus obras, esparcidas hoy por el mundo entero, como son: *Capullo de rosa* (estudio de niño), *Ophelia*, *La Viuda*, *Caín*, *Niña napolitana*, *Música Sacra*, *Santa Isabel*, *La Historia* (para el monumento á Oliveira Martins); los retratos de *Paul Chauvet*, *Conde de San Bento*, *Condesa de Valenças*, etcétera; las puertas de la iglesia de la Candelaria, de Río de Janeiro, que fueron hechas en bronce y costaron 4.000 libras esterlinas; el magnífico *Mausoleo de los duques de Palmella*, con su célebre figura *A dor* (El dolor); el maravilloso retrato de la ex Reina Doña Amelia, una de las mejores obras de Teixeira Lopes por la fidelidad de la expresión augusta y por la línea de majestad.

Pero, repito: lo que más admira en este artista sublime del cincel son sus asombrosos niños, prodigio de dulzura que encanta y que conmueve hasta la adoración; porque á través de la piedra blanca, del mármol frío, se ve coloración de sangre y calor de vida; porque ante el grupo genial de los *Niños durmiendo* se siente el aroma tenue de sus bocas infantiles, donde aún parece que se ve la huella de un beso maternal; y en su expresión divina, en su línea, llena de armonía y de suavidad, el mármol se anima, y late, y siente, y canta el divino poema de la Vida, hecho carne de amor...



"Mujer del pueblo", escultura de Teixeira Lopes

Oporto, Junio 1915

PEDRO BLANCO

CARBONELL Y COMPAÑÍA - Córdoba (España)

ACEITES DE
OLIVA SUPERIORES

GRAN PREMIO
DE HONOR
EN LA EXPOSICION
FRANCO-ESPAÑOLA DE
ZARAGOZA

GRAN PREMIO OBTENIDO
POR LOS
ACEITES DE OLIVA ESPAÑOLES
EN LA ÚLTIMA
EXPOSICION DE SAN LUIS

FF. Barca
P

CARBONELL Y CIA
CÓRDOBA ESPAÑA

ESTA casa fué fundada en en el año 1866, desde cuya fecha viene ocupándose del negocio de aceites, habiéndolo desarrollado en términos que hoy es la primer casa compradora y exportadora de España.

Contamos con una fábrica de aceites finos establecida en nuestras posesiones de Adamuz, la más acreditada producción andaluza, y otra recientemente establecida en esta plaza, sistema «Marqués de Cabra», las que nos producen selectas calidades,

con la garantía de poder servir siempre igual tipo

:-: de aceite sin rival :-:

También hemos instalado recientemente en esta plaza una fábrica de desodorización de aceites, la primera y más importante de las establecidas en España.

Entre otros locales que poseemos en ésta para el almacenado de aceites, contamos en nuestros docks de «San Antonio», inmediatos y con vía á la estación, un gran almacén con 45 trujales subterráneos y una cabida total de 116.000 arrobas, que arrendamos á nuestros clientes que desean especular.

En el número de nuestros clientes, figura el Almirantazgo Inglés, de quien somos abastecedores desde el año 1889, habiendonos hecho un consumo de libras esterlinas 799,585 hasta la fecha.

Asimismo poseemos tres importantes fábricas de aceite de orujo y jabones en Aguilar de la Frontera, Castro del Río y Pinos Puente, con una producción diaria de 20.000 kilos de aceite de orujo y refinado para el alumbrado y maquinaria.